10

BIBLIOTECA UNIVERSAL DE MISTERIO Y TERROR

Ediciones UVE

10
BIBLIOTECA UNIVERSAL DE MISTERIO Y TERROR

Dirección y Selección:
José Antonio Valverde

EDICIONES UVE

Avda. Alfonso XIII, 118.
Teléfs. 413 54 94 y 413 55 43.
MADRID-16.

Director Editorial:
José Antonio Valverde.
Jefe de Redacción:
Luciano Valverde.
Ilustraciones:
Victoriano Briasco.
Diseño Gráfico:
Luis M. de Miguel y Paco Bravo.
Dpto. de Producción:
Santos Robles.
Asesores Especiales:
Pedro Montero y José León Cano.

Imprime: HEROES, S. A.
Torrelara, 8.—Madrid-16.

Depósito legal: M. 22.802-1981.
ISBN: 84-85609-82-4.

Distribuye: UVE Distribuciones.

Impreso en España - Printed in Spain.

SUMARIO



Pasadizo para la muerte



Pasadizo para la muerte

Fernando Jiménez del Oso

Hastiado, harto, desilusionado, decidió encarar como solución a sus problemas el mayor interrogante que puede plantearse el ser humano: ¿existe realmente alguna experiencia más allá de la Muerte?



L hombre hizo una pausa para encender un cigarrillo, después continuó hablando.

—Hay gentes para las que la vida es algo que merece la pena, gentes que hablan y ríen, aman, comen y parecen esperar cualquier cosa del futuro; las ciudades están llenas de ellos, son como perros de caza siguiendo el rastro de la pieza, atentos y tensos, deseando lanzarse sobre cualquier presa que la vida les ofrezca. Yo no soy uno de ellos, eso es todo.

—A veces pienso que tú no eres nada.

Era la frase final, la puerta que dejaba entrar el silencio... En veinte años de matrimonio, las pausas, las miradas, los gestos ínfimos, pesan más que las palabras y se espera ansioso que algo suceda... el teléfono, la llegada de alguien, cualquier cosa que rompa el cordón del silencio y lo anude a otras palabras, a otras ideas.

Fue ella, como casi siempre, la que volvió a hablar; conciliadora, casi humana, probablemente aburrida de permanecer callada esperando que, al menos por una vez, él reiniciara la conversación.

—No te entiendo. Lo intento, te juro que lo in-

tento, pero no te entiendo. Debes estar deprimido, aunque tú no quieras reconocerlo.

—No, por favor, otra vez no. Ya lo hemos discutido mil veces. No estoy triste, gozo haciendo el amor o ante una buena comida. Me agradan las puestas de sol y todas esas cosas. Aprecio en lo que vale ser rico, me gusta el dinero y el poder..., de veras. Pero tengo ganas de que acabe todo, deseo morirme; pienso que ya he vivido lo suficiente, ya he visto y gustado bastantes cosas, y las que queden no me interesan. Quiero pasar a otra cosa, a otra etapa.

—¿Cómo sabes que hay otra etapa? ¡Me exaspera esa seguridad tuya en que hay algo después de la muerte! ¡Qué sabes tú!

—De acuerdo, de acuerdo, no hay necesidad de enfadarse. Estoy seguro de que hay otra existencia después de ésta, lo hemos hablado mil veces. No pienso que vaya a ser tocar el arpa o quemarse en el infierno, esas estupideces no las creen ya ni los más simples. Nada de premios y castigos, sencillamente se pasa a otra forma de existencia, a otro plano distinto... y si no hay nada tampoco importa mucho, será como estar dormido sin soñar.

—Como tú quieras, pero sigo pensando que necesitas un psiquiatra... o terminaré yendo yo. No es fácil vivir con un hombre que lo único que desea es morirse. Ni yo ni el hijo que vendrá te importamos.

Como otras veces, como tantas otras veces, ella lloraría y él tendría que consolarla, cortésmente, con ternura que ya estaba gastada, con palabras que nunca eran nuevas.

Si ella supiera... si supiera que Bert la mentía siempre que hablaban del tema. La verdad es que no gozaba haciendo el amor, al menos con ella, que no apreciaba el dinero, que estaba aburrido hasta la inmensidad y que no quería dejar de estarlo. Quería huir, huir de todo y especialmente de ella, quería morirse y no volver por este mundo para evitar el riesgo de encontrársela de nuevo. Y ahora es cuando más deseaba la muerte; por una extraña broma del

destino, Angela se había quedado embarazada, y eso le aterrorizaba. No sentía el menor deseo de ser padre, no quería a aquel hijo concebido por error, casi sin placer, que dentro de unos días iba a nacer para sujetarle más a la vida, para darle nuevas angustias, para obligarle a permanecer año tras año junto a aquella mujer que odiaba. Si amara la vida intentaría el divorcio, escapar, cualquier cosa, pero estaba cansado, no tenía ganas de luchar, lo único deseable, la solución lógica, era la muerte... y no había razón para seguir esperando.

El dulce sopor del principio era solamente un recuerdo; ahora el cuerpo había dejado de tener sentido, como si no existiera, como si no hubiera existido nunca. Sólo quedaban las ideas, y éstas surgían libres, ajenas al concepto de cerebro.

Había sido sencillo, demasiado sencillo, y hacerlo no representó angustia, tampoco alegría, sólo la sensación de estar representando un papel, de estar protagonizando una historia que no era la suya, como un actor eficiente que no se siente identificado con su personaje. Era curioso comprobar cómo en momentos aparentemente tan trascendentes en la vida de un hombre lo único que importaban era los detalles. Había elegido un pijama de seda y su bata más nueva, como si eso fuese importante, casi sonreía al recordarlo. Sonreír... ¿con qué? En ese mundo de ideas no existían músculos, ni boca..., costaba un poco acostumbrarse a la nueva situación.

En los libros se decía que en circunstancias semejantes uno se sale del cuerpo y es testigo de lo que sucede, se ve a sí mismo, a lo que fue el soporte físico; sin embargo, nada de eso sucedía, estaba en... ningún sitio, era como estar solo consigo mismo, sin sensaciones, sin sentimientos, en una oscuridad que no era ausencia de luz porque el concepto luz no existía.

En cualquier caso, su cuerpo estaría en algún sitio. Probablemente no lo habían descubierto aún..., ¿o quizá todo había sucedido mucho tiempo atrás? Cu-

rioso..., era otro concepto que había perdido, el del tiempo; podía llevar minutos en ese estado o años, tal vez miles de años. ¿Qué habría sido de su cuerpo? A lo mejor estaba aún sentado en la silla de la cocina y nadie se había dado cuenta de lo sucedido.

* * *

Fue lógico elegir el gas, era lo más fácil, aunque le llevó algún tiempo tapar todas las rendijas; era importante que no se percibiera el olor, ni mucho menos que muriera también Angela. Habría sido gracioso abrir los ojos a una nueva existencia y encontrarse con ella, con su cara que, según los demás, era atractiva, con sus reproches, con su amor pegajoso y dependiente... Extrañamente, aún podía odiar, pero era un odio amortiguado por la distancia, un odio que no merecía la pena recordar, pertenecía a otro tiempo, a otra vida.

¿Cómo sería el hijo? Tal vez había muerto ya de viejo, era tan difícil acomodarse a la inexistencia del tiempo. La verdad es que nunca tuvo la sensación de que ese hijo fuera alguien, de que tuviese personalidad propia. Angela tenía más de cuarenta años, posiblemente su fruto fuera un fruto sin alma, uno de esos seres cuya vida sólo es física..., quizá ni llegó a nacer vivo. Qué importaba ya, él se sentía lejos, absolutamente lejos de aquellas cosas, de aquellos sentimientos, de aquellos problemas, él era libre, aunque no supiera qué era, ni dónde estaba.

De todas formas, él esperaba otra cosa. Los que habían estado al otro lado de la vida y volvieron contaban sensaciones muy distintas a las que él sentía; ellos hablaban de un túnel oscuro que recorrían y la sensación de abrirse a un mundo distinto en el que se veía a otras personas, seres que ya habían muerto y estaban esperando al recién llegado, incluso hablaban de un ser luminoso con el que se hacía balance de la existencia que había terminado. Algunos contaban haber vislumbrado una ciudad lejana. A él no le su-

cedía nada de todo aquello, tenía recuerdos, pero carecía de sensaciones; sólo sabía que estaba, pero ignoraba dónde y desde cuándo.

De súbito le asaltó el temor de no estar muerto o que la muerte fuera algo distinto de lo que tantas veces había imaginado. Tal vez estaba en un punto intermedio, en una especie de zona neutral entre las dos existencias; de hecho, se iba alejando de lo que fue su vida, cada vez le costaba más trabajo recordar cómo era antes y qué hacía, sólo venían imágenes desdibujadas de un pasado que ya era muy lejano; curiosamente, era el rostro de Angela lo que más nítidamente persistía, su rostro y la idea de odiarla o haberla odiado en otro tiempo. ¡Qué extraño era estar muerto! ¿O no lo estaba? De alguna parte estaban naciendo sensaciones, como si notara... Sí, estaba notando su propio cuerpo, un cuerpo indefinible, distinto a lo que podía recordar. Sin duda estaba entrando en una nueva existencia al fin. Por un momento había sentido miedo, hubiera sido horrible no estar muerto y tener que volver de nuevo a lo de antes, a las mismas cosas, los mismos sentimientos, volver de nuevo a la compañía de ella. Ahora estaba seguro de que no sería así, había comenzado a tener sensaciones, aunque de forma imprecisa notaba que tenía un cuerpo y lo percibía como algo diferente a lo que recordaba del anterior. Poco a poco iría tomando más conciencia de su nuevo estado, de su nueva vida, ya no le cabía duda, todo iba a ser tal como estaba descrito en los libros de ocultismo, igual a lo que se relataba en las sesiones de espiritismo o en los trabajos que recogían el testimonio de los que estuvieron clínicamente muertos; nunca había dudado que fuera así y ahora su propia experiencia lo estaba confirmando; tenía un cuerpo distinto, lo sentía... y empezaba también a sentir otras cosas... un ruido extraño, hacía tiempo que le llegaba, pero cada vez era más perceptible, un rumor lejano, como el batir monótono y acompasado de un tambor que, curiosamente, producía paz; un ritmo relajante y protector que le

envolvía, como si junto a él latiese un inmenso corazón.

* * *

Todo era diferente a cualquier sensación experimentada antes, era consciente de que existía, incluso tenía un cuerpo, y de éste le llegaba alguna sensación, hasta el punto de ir conformando en su mente un esquema, una idea aproximada de su nueva forma; no podía verse, la oscuridad era total, ni siquiera sabía si en esta nueva etapa tenía ojos o algo que hiciese su función, pero, evidentemente, tenía un cuerpo, lo sentía, aunque fuese distinto al de antes, al de la vida anterior; éste era más pequeño, como el resumen de un cuerpo, como el boceto del antiguo. Lo percibía porque algo estaba apretándole... algo le empujaba. En ese instante brotó la angustia. Su mente empezó a trabajar febrilmente, trató de relacionar esa sensación con los relatos que había leído, con las descripciones que recordaba y la angustia creció hasta desbordarse porque esa sensación se estaba transformando en dolor, un dolor físico, definido, concreto, y eso sólo podía significar que... estaba vivo. Enterrado probablemente y ¡aún vivo!

Trató de calmarse, de alejar el pánico, de razonar; tenía que haber una explicación, era preciso dejar de prestar atención a esas sensaciones y pensar, pensar con calma..., con calma. Poco a poco fue serenándose hasta el punto de poder ordenar sus ideas. No debía estar muerto, era capaz de oír y de sentir dolor físico; pero si estaba vivo, ¿dónde estaba? ¿Enterrado? No, demasiado melodramático; si se había suicidado tenían que haberle practicado la autopsia antes de enterrarle y entonces era inevitable estar total y definitivamente muerto. No, no estaba enterrado. Pero, entonces, ¿qué era el sitio donde se encontraba, y qué había pasado con su cuerpo? Lo sentía distinto; si pudiera tocarse..., pero algo sujetaba sus extremidades, si es que las tenía; lo mas que llegaba a percibir era la

sensación de estar en un cuerpo, un cuerpo que no reconocía.

Le resultaba imposible entender qué estaba sucediendo. A no ser que todo fuera lo normal; en definitiva, ¿qué sabía él de la muerte? Algunos libros, experiencias ajenas que ahora, le parecían más que dudosas... ¡Claro! Ellos estaban equivocados, lo que contaban no correspondía con la muerte, eran personas que estuvieron «clínicamente muertas», pero no muertas realmente, esa era la diferencia... Pero ¿y el dolor? Porque estaba sintiendo dolor, no demasiado intenso, pero dolor en definitiva, ahora era como si algo le apretase, le estuviese oprimiendo alrededor del cuerpo y especialmente desde abajo, desde los pies. Sí, algo le estaba empujando y empezaba a notar una presión en la cabeza, como si ésta fuera abriéndose paso por algún sitio a consecuencia del empuje; no había duda, estaba saliendo de algún lugar en el que hasta ahora había estado encerrado. Casi le entraron ganas de reír... estaba imaginando llevar mucho tiempo muerto y, en realidad, era en ese momento cuando estaba muriendo, en ese preciso instante. Lo había leído miles de veces, casi todas las experiencias coincidían: en el momento de la muerte se tenía la sensación de ser empujados por un túnel. ¡Un túnel! Y al final de él estaba la luz, el otro mundo, la otra existencia.

¡Qué necio había sido! Y pensar que se creía vivo y enterrado... Todo iba bien, todo era como él esperaba que fuese. Ya había llegado el momento definitivo; notó que aquella presión que le empujaba aumentaba en intensidad y salía, estaba saliendo al otro mundo. Definitivamente había dejado la vida anterior y a ella, a Angela. Aún la odiaba cuando salió.

Y era como él pensaba, fue una explosión de luz que cegó sus ojos pese a tenerlos cerrados. Y en ese instante comprendió, y al hacerlo sólo pudo gritar. En ese grito todo se borró de su memoria.

El médico puso al recién nacido en las manos de la comadrona; sería un chico fuerte a juzgar por el grito

que lanzó nada más salir. Ya estaba tranquilo, era el momento de ocuparse de la madre.

—Ya está. Angela; ha sido un niño precioso, en seguida podrá tenerle con usted.

Luego hizo un gesto triste al mirar al niño y pensó que la vida era injusta a veces: «Pobrecillo, ha nacido unas horas después de suicidarse su padre. Una vida que empieza cuando otra termina».





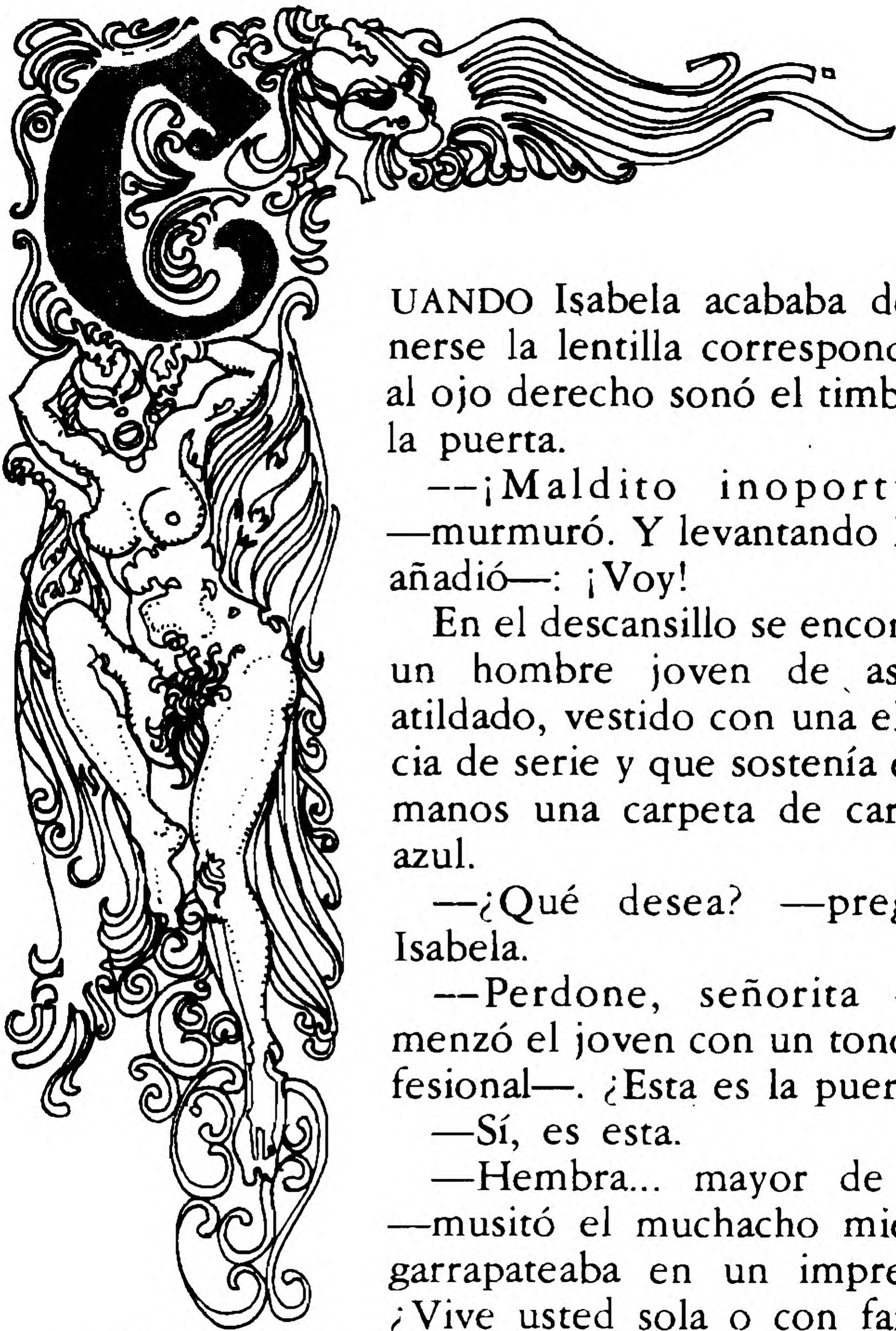
Euclides



Euclides

P. Martín de Cáceres

¿Puede ser romántica la Geometría? Y en cuanto a la Perfección... ¿Acaso no les asalta con frecuencia el sentimiento de que la lógica Belleza de las cosas se va perdiendo paulatinamente en las más torpes de las soluciones? Si su respuesta es afirmativa, solo le pedimos una necesaria precaución: ¡No lleve sus conclusiones demasiado lejos!



UANDO Isabela acababa de ponerse la lentilla correspondiente al ojo derecho sonó el timbre de la puerta.

—¡Maldito inoportuno! —murmuró. Y levantando la voz añadió—: ¡Voy!

En el descansillo se encontraba un hombre joven de aspecto atildado, vestido con una elegancia de serie y que sostenía en sus manos una carpeta de cartulina azul.

—¿Qué desea? —preguntó Isabela.

—Perdone, señorita —comenzó el joven con un tono profesional—. ¿Esta es la puerta C?

—Sí, es esta.

—Hembra... mayor de edad —musitó el muchacho mientras garrapateaba en un impreso—. ¿Vive usted sola o con familia?

—Oiga... —comenzó Isabela.

—No se alarme, señorita. Esto es una encuesta —explicó el joven.

—Ah, ya veo —dijo ella refiriéndose exclusivamente a su ojo derecho.

—¿Me permite pasar?

Isabela guiñó un ojo, lo que el muchacho tomó como signo de asentimiento, siendo así que tan sólo

se trataba de una maniobra táctica para examinarle más detenidamente y a foco.

—Está bien, pase —dijo—. Pero sólo cinco minutos —y reajustándose la bata sobre el opulento pecho le franqueó la entrada—. Siéntese un momento, vuelvo enseguida.

Mientras se colocaba la otra lentilla y se aplicaba una generosa capa de polvos, se dijo que a lo mejor con un poco de suerte le salía un plan. Estaba francamente aburrida de fatigar los taburetes de las cafeterías desde las primeras horas de la tarde. Estos empleadillos inexpertos no debían de ser difíciles de cazar.

Cuando regresó al salón el joven permanecía aún de pie. Lo observó durante unos instantes, provista ya de toda su potencia visual, y concluyó que no estaba mal del todo.

—Pero siéntese, por favor. Está usted en su casa.

—Gracias —repuso el joven.

—¿Casado? —interrogó Isabela con lo que ella creía gran naturalidad.

—Es curioso, yo iba a preguntarle a usted lo mismo.

—Oh, qué indiscreto —dijo Isabela realizando ímprobos esfuerzos por ruborizarse.

—Es que es la primera pregunta de la encuesta.

—Ah, ya —manifestó decepcionada. Y añadió—: No, no tengo marido —como quien confiesa no haber contraído todavía la escarlatina.

—¿Edad?

—Sí, edad sí tengo.

—Ya comprendo —dijo el muchacho sonriente—. ¿Puedo preguntarle cuánta?

—Ya lo creo que puede —repuso Isabela propinándole un insinuante papirotazo con un periódico—, pero yo no se lo voy a decir.

—Está bien —se resigno el empleado—, pondremos mayor de edad.

—Lo que es mucha presunción por su parte —apostilló ella.

—¿Profesión?

—Soy enfermera.

El muchacho dejó de escribir y levantó el rostro en el que se dibujaba una sonrisa maliciosa.

—¿De qué se ríe? ¿Tiene algo de gracioso ser enfermera? —preguntó.

—Oh, no. Perdone.

—Ya sé por dónde va —continuó Isabela dulcificando el gesto—. Ha oído decir que las enfermeras somos carne de cañón, ¿verdad?

—No, señora, no —se disculpó el joven apresuradamente.

—Está bien, continuemos —concluyó Isabela molesta al oírse tratar de señora.

—Bien. ¿Preferiría usted morir antes o después de los cuarenta años?

—Después, desde luego —repuso ella considerando lo doblemente supérfluo de la pregunta.

—¿Qué tipo de muerte preferiría? Violenta, por enfermedad, accidental, asesinato, suicidio...

Isabela se puso en pie aprovechando el sobresalto para mostrar una generosa porción de sus muslos.

—¡Vaya unas encuestas que hace usted, hijo mío! ¿Son por cuenta de una funeraria? —exclamó.

—No, no. Es una investigación científica. ¿Qué responde?

—Pues yo en la cama, sin enterarme. Que a la mañana siguiente me encontraran como un pajarito.

—... de muerte natural —escribió el joven.

—Caso de que tuviera que morir por enfermedad ¿cuál elegiría?

—Pero, ¿se da usted cuenta de que son las nueve y media de la mañana? Usted se ha propuesto amargarme el día.

—No exagere —declaró el muchacho—, son cosas naturales.

—Ya, ya... Pues no sé... una cosa rápida. Un infarto, un ataque de algo...

—Si tuviera que morir asesinada y pudiera elegir el arma del crimen ¿cuál elegiría?

—¡Que voy yo a elegir...! —repuso Isabela.

—Arma de fuego, estrangulamiento, arma blanca, atropello deliberado, ser rociada con gasolina y prendida fuego, veneno, violación y acogotamiento...

—¡Menuda lotería!

—Responda, por favor.

—Lo de la violación, según y cómo.

—¿Entonces?

—No, no —respondió Isabela—. Qué sé yo...

—¿No sabe/no responde?

—Eso.

* * *

Isabela se levantó del diván y aproximándose a un mueble cercano extrajo de él una botella y dos copas.

—Voy a tomar una copita, y usted me acompañará. Me ha puesto los nervios de punta, pero, siga, siga. Ya me estoy interesando.

—Caso de muerte violenta, atropello, asesinato, ¿preferiría que el ejecutor fuera un hombre o una mujer?

—Un hombre, desde luego —respondió con seguridad.

—¿Por qué?

—Pues no sé, qué quiere que le diga. Me parece más romántico que se trate de un hombre —explicó.

—¿De día o de noche?

—¿Qué? —preguntó ella saliendo del ensimismamiento romántico.

—Que si preferiría morir de día o de noche.

—Pues... en el crepúsculo, ya ve. O en la madrugada. En el amanecer, eso es. En un amanecer sangriento mientras se oye una música de violines... —explicó arrobada.

—Responda sin vacilar: ¿cuchillo de cocina o puñal?

—Puñal, desde luego. Una daga a poder ser.

—Estrangulamiento con las manos, con una media, un pañuelo de seda, un cordel...

—Pañuelo de seda.

—¿Ser arrollada por un tren, coche, carreta de bueyes, tranvía, trolebús, ambulancia...?

—Por afinidad con mi profesión debería decir ambulancia, pero me inclino hacia la carreta, pero no de bueyes, sino... una calesa, eso es.

—En cuanto a muertes exóticas ¿tiene alguna preferencia? Arsénico, harakiri, estilo bonzo, cartucho de dinamita atado a la cabeza, picadura de araña centroafricana...

—Me quedo con el arsénico. Es más elegante, ¿cómo le diría? Más clasico.

—Y por último ¿preferiría ser incinerada, enterrada, servir de cobaya para estudiantes de medicina, momificada o ser depositada en parihuelas a la manera de los indios?

—Incinerada, es más aséptico —repuso con tono profesional.

—Permítame —dijo el encuestador— que le haga un pequeño obsequio por haber accedido tan amablemente a la realización de la encuesta—. Y entregó a Isabela una tarjetita con un número.

—Muchas gracias. ¿Qué es?

—Se trata de un sorteo en combinación con la lotería nacional del próximo sábado. Si su número coincide con las tres últimas cifras del primer premio recibirá un obsequio en su propio domicilio.

—¿Me lo traería usted? —preguntó insinuante.

—Desde luego, señorita.

El joven se levantó guardando los impresos en la carpeta azul.

—Pero cómo, ¿se va ya?

—He de seguir con la encuesta.

—Oh —exclamó Isabela decepcionada—. Ahora que empezaba a tomarme interés por el asunto...

* * *

Durante toda la semana estuvo pensando en lo mismo, y cuando el sábado por la tarde regresó del hospital compró el periódico y buscó la lista de la lotería mientras subía en el ascensor.

—¡Me ha tocado! —exclamó. El caballero que compartía con ella el elevador se retiró discretamente.

Una vez en su apartamento cotejó repetidamente su número con el agraciado y se aseguró de que, en efecto, el obsequio prometido por el encuestador era suyo. En aquel momento sonó el teléfono.

—¿Señorita Isabela?

—Yo misma —repuso alborozada.

—Soy el que le hizo la encuesta el otro día, ¿me recuerda?

—Ya lo creo. ¿Qué desea? —preguntó haciéndose la desentendida.

—Ha obtenido usted el premio que sorteamos entre todas las damas encuestadas. ¿Tiene todavía la tarjeta?

—¡La tengo! —exclamó—. ¿Cuál es el premio?

—Oh —dijo la voz del teléfono—. Permítame que guarde el secreto hasta que le haga entrega de ello. Así la emoción mutua será mayor.

—Qué intrigante es usted; ¿mutua, ha dicho?

—Desde luego. Usted obtendrá una satisfacción por haber sido agraciada y yo, a mi vez, también, por ser portador de la sorpresa. Recuerde: es mejor dar que recibir. ¿A qué hora puedo pasar por su casa?

—Escuche —dijo Isabela reflexionando rápidamente—, ¿por qué no cena en casa conmigo y luego me entrega el premio? Será más emocionante.

—¿Le parece bien a las nueve? —preguntó el encuestador.

—Le esperaré ansiosamente.

* * *

La carne había quedado demasiado hecha, y a la tarta le faltaba un punto de cocción, pero —pensaba

Isabela— todo no puede ser perfecto. Además, continuó reflexionando, con el traje azul de gasa y este escote, sería una pérdida de tiempo cocinar exquisiteces: cualquier hombre normal engulliría los manjares más insípidos sin advertirlo.

A las nueve en punto se oyó el timbre. Isabela inspeccionó por última vez su persona y se encontró satisfecha. Aquello era el resultado de tres horas y media de denodados esfuerzos ante el espejo, pero había valido la pena.

En la puerta se encontraba el joven arreglado con el mismo atildamiento y elegancia que un empleado de grandes almacenes. En sus manos sostenía unos cuantos paquetes envueltos con papel de colores y atados con vistosas cintas.

—Buenas noches —dijo sonriente—. Y enhorabuena.

—Un millón de gracias. Pero pase, querido. ¿Este es mi regalo?

—Todo es para usted.

—¡No puedo creerlo! ¿No me dijo que se trataba de un obsequio?

—En realidad todo es parte de lo mismo, aunque venga distribuido en distintos paquetes. ¿Puedo dejarlo aquí?

—¡Vamos a abrirlo! —exclamó Isabela alborozada.

—¡No, no, por favor! Perderíamos la ilusión de la espera. Ha de ser como en el amor: los iremos abriendo poco a poco.

—¡Divino! Si me lo permite le diré que usted es el mejor regalo de la noche.

—Es usted muy amable, Isabela. ¿Me permite que la llame así?

—Permitido. ¿Y yo a usted cómo debo llamarle?

—Llámeme Euclides.

—¡Cielos! ¿No le sentará mal?

—¿Por qué? Mucha gente me llama así.

—Está bien, le llamaré Clides y me resultará más familiar. ¿Nos sentamos?

A los postres Isabela descorchó una botella de champán y dejó caer con disimulo uno de los tirantes del vestido.

—¿No resulta fatigosa esa profesión de encuestador? Todo el día arriba y abajo.

—En realidad no es mi verdadera profesión, pero me ayuda bastante a conocer a la gente, lo que es uno de mis objetivos.

—Comprendo, comprendo, se vale usted de ese truco para invadir los hogares de jovencitas solitarias, ¿verdad?

—En cierto modo, Isabela. Soy un apasionado de la sociología, de las estadísticas y de los sondeos de opinión. Hoy día no se puede hacer nada sin contar con el parecer de los demás. Yo he aplicado la cibernética a mi profesión, a mi *hobby,* diríamos.

—Qué calor, ¿verdad? Si quiere puede quitarse la chaqueta.

—Estoy bien así. ¿No quiere abrir uno de los paquetes?

—Estoy deseándolo —dijo ella abalanzándose sobre uno de los envoltorios—. ¿Este?

El joven asintió con la cabeza e Isabela rasgó el papel impaciente por ver el contenido.

—¡Oh! —exclamó alborozada—, ¡qué maravilla!

Isabela se situó delante de un espejo y pasó sobre sus hombros el magnífico echarpe.

—¡Extraordinario! ¡De auténtica seda natural! Muchas gracias, Clides.

—Le sienta perfectamente.

—Y esto otro, ¿qué es?

—Abralo.

El segundo paquete contenía una magnífica colección de discos.

—¡Absolutamente romántico! ¡«Los Violines Mágicos de Zacagnini»!

El sonido de las cuerdas invadió el ambiente cuando Isabela colocó uno de los microsurcos en el tocadiscos. A continuación se recostó en el diván arrobada por la música.

—¿A qué se dedica realmente? —preguntó—. Quiero decir, aparte de esto de las encuestas.

—Las encuestas que efectúo son un modo de orientación, una investigación de mercado para mi verdadero trabajo, ocupación, diríamos. Hoy en día la gente ha perdido la ilusión por las cosas bien hechas. Yo pretendo hacer de mis actividades un arte, no algo grosero y puramente mecánico. ¿Por qué el modisto ha de crear una moda para imponérsela a la mujer sin contar con sus propias opiniones? ¿No es irracional que un editor lance una colección de libros sin contar antes con el parecer de los potenciales lectores? —dijo, y levantándose del sillón se aproximó al mueble bar.

—¿Puedo abrir otro

El joven asintió, e Isabela fue desenvolviendo el tercero de los obsequios. Mientras ella rasgaba el papel multicolor el muchacho tomó en sus manos el pequeño reloj despertador situado sobre el bar.

—Pero... —comenzó Isabela—. ¿Qué significa...?

—Es una artística daga —explicó Euclides.

—¿Por qué adelanta el reloj? —preguntó ella ligeramente alarmada.

—No está en mis manos convertir la noche en día ni el crepúsculo en amanecer, pero modificando la hora del reloj y acudiendo al auxilio de nuestra imaginación podemos suponer que ahora son las cinco y media de un amanecer cualquiera. Suenan los violines, bebemos champán...

—No entiendo dónde quiere ir a parar —dijo Isabela poniéndose en pie.

—Es muy sencillo, Isabela, va a ser usted protagonista de un acontecimiento artístico a la par que científico. Científico en cuanto que fue seleccionada entre miles de mujeres de esta ciudad por una computadora para ser sometida a mi encuesta. Artístico porque usted misma está comprobando la belleza suprema de estos instantes. Y en resumidas cuentas, en la ciencia hay belleza, y quizá en el arte haya también leyes científicas...

—Por favor, Euclides... Euclides —repitió rememorando las páginas de algún periódico.

—¿Sí, cielo?

—¡¡Euclides «el Cibernético»!! —exclamó Isabela horrorizada—. ¡Auxilio! —gritó antes de caer desmayada.

* * *

Cuando volvió en sí se encontraba sentada en un sillón y atada de pies y manos. Euclides se aproximó lentamente a ella.

—Es inútil que intentes gritar. Sé que los de abajo están de vacaciones, y el piso de arriba es una oficina. Además romperías la armonía de estos últimos momentos.

—¡Por favor! ¡Se lo ruego! —suplicó Isabela—. ¿Qué le he hecho yo?

—Nada en absoluto, y de ahí lo subyugante del juego. Usted no me conoce, ha sido elegida científicamente por mi computadora, y para colmo, sometida a una encuesta por medio de la cual, libremente y sin ningún tipo de presiones, ha elegido el cómo y el cuándo de su propia extinción. ¿No es maravillosamente científico?

—Sí —concedió Isabela con un hilo de voz—, y artístico a la vez, pero yo no le hecho nada. Clides, por favor...

—Ese es un factor despreciable. Si usted, mi querida Isabela, me hubiera hecho algo, ¿tendría algún mérito haberla convertido en protagonista (la de esta semana), de mi científica pasión?

Y al terminar la frase, Euclides extendió sobre la mesa el pañuelo de seda y la daga.

—Abra este otro paquete —ordenó desatando las manos de Isabela—. ¡Vamos! —gritó al ver que vacilaba.

Con manos trémulas la enfermera fue desenvolviendo el pequeño envoltorio hasta que quedó al descubierto su contenido: un tintero.

—¡Tinta china! —musitó ella a punto de enloquecer.

—Es un detalle imperdonablemente grosero, pero no tenía otro recipiente a mano. No obstante, si lee cuidadosamente la etiqueta, verá que el contenido del tintero es lo elegido por usted.

—Ar... arsénico —leyó Isabela con voz temblorosa.

—En cuanto a la calesa, reconozco que está por el momento fuera de mis posibilidades, pero para evocar por lo menos el suave deslizarse de un coche de caballos y el rítmico sonido de sus cascos... ¡Voilá! —exclamó aparatosamente Euclides señalando otro paquete cuyo papel obligó a rasgar a la enfermera.

—U... una herradura —tartamudeó Isabela ya sin fuerzas.

—«¡Justement!» —exclamó Euclides pensando que seguramente un toque francés añadiría elegancia al asunto—. Y no me pregunte con cuál de estos instrumentos voy a poner científicamente fin a su vida. Puesto que a la postre cada uno de ellos ha sido elegido por usted, sería una imperdonable descortesía no emplearlos todos.


—¡Dios mío! —murmuró Isabela con un hilo de voz.

—Primero la estrangularé con este suave pañuelo de seda —dijo pasándolo delicadamente por el cuello de Isabela—, después abriré su vientre con esta artística daga, a continuación introduciré los dos extremos de esta herradura por sus ojos hasta alcanzar el cerebro; seguidamente haré que beba unas gotas de arsénico, y después —exclamó Euclides con voz triunfal—, después —repitió rasgando el papel del último regalo— la rociaré con esta lata de gasolina y la incineraré. Todo —añadió más calmadamente—, según sus propios deseos.

Euclides depositó la lata en el suelo y, aproximándose por detrás a la enfermera, enroscó en su cuello el pañuelo. Isabela comenzó a sentir la presión resbaladiza de la seda que le provocaba un dolor insoportable. Su lengua comenzó a apuntar entre sus labios a

El muro




©B

El muro

Nino Velasco

Era el gesto absorto y deslumbrado de quien descubre, en la soledad de un laboratorio y a través del microscopio, la imagen reveladora de una nueva dimensión de la Naturaleza.



RA un hombre de veintiocho años, delgado y pálido, con el pelo lacio que le caía en un mechón puntiagudo sobre la frente. Tenía unas muñecas frágiles y por una de ellas bailaba un viejo reloj Cyma chapado en oro que había heredado de su padre.

Padecía de agorafobia y, consecuentemente, nunca salía de casa. Se levantaba tarde y, a partir de ese momento, iniciaba unas largas jornadas de vigilia que terminaban a altas horas de la madrugada, dedicado a esa agotadora tarea consistente en ver cómo pasa el tiempo en el interior de una casa grande sabiendo que nadie esperaba nada de él, cuando ni siquiera era capaz de emprender pequeños trabajos domésticos que le justificasen en cierta medida, porque hacía tiempo que esas cosas dejaron de interesarle, como había perdido, finalmente, cualquier clase de estímulo para atender decorosamente a su aseo personal.

Vivía solo con su madre, una anciana grave y discreta que ocupaba gran parte de sus días en observar a prudente distancia las evoluciones de su hijo por la casa, escuchando sus pasos, reconstruyendo en la

mente sus trayectos por habitaciones y pasillos, advirtiendo junto al mirador, sentada a la mesa camilla, todas sus manipulaciones o los más leves roces y crujidos que el producía en su cuarto durante los largos períodos de tiempo que se encerraba allí sin dar ninguna explicación.

A veces, sobre todo a mediodía y al atardecer, penetraba en el comedor y se quedaba quieto frente a los cristales del mirador observando el descampado. La madre simulaba entonces no prestarle interés, pero notaba muy intensamente la presencia cercana de su hijo, un gran bulto gris, desconocido y hostil, al que debía soportar y atender justamente como si todavía fuese un bebé, con la diferencia de que ahora era una cosa mucho menos buena que un bebé y despedía ese olor agrio que dejan a su paso los machos solitarios que se bañan poco.

Vivían en una casa espléndida, un hotelito novecentista de dos plantas rodeado por un melancólico jardín y una verja de hierro, que estaba separado unos quinientos metros de las edificaciones más próximas y ubicado en una zona donde, literalmente, acababa Madrid por el NE. Allí comenzaba el campo agreste de la meseta Sur y, por lo tanto, las ventanas de la casa eran un lugar privilegiado para ver llegar, sobre todo a media mañana, las lluvias de otoño, las tormentas estivales o el nacimiento del verdor humilde que comienza a cubrir las colinas a finales de Marzo.

Sin embargo, por el costado Suroeste de la casa, a través de la ventana del retrete, el panorama que se veía era muy distinto: paralelo a la fachada corría un camino de tierra de unos cuatro metros de anchura, encajonado entre el hotelito y una alta tapia que impedía la visión del horizonte. Ernesto Durán, el hombre que padecía de agorafobia, no sabía realmente qué había detrás de aquella pared de cuatro o cinco metros de altura, ya que, a partir de la fecha en que su madre y él se trasladaron al hotelito, nunca había vuelto a salir a la calle. De esto hacía ya siete

años. La tapia se prolongaba unos doscientos metros a derecha e izquierda de la casa, haciendo luego un recodo en ambos extremos que impedía comprobar desde la ventana cuál era su longitud.

Los días de lluvia el muro resultaba particularmente sombrío: el agua resbalaba por su superficie de gravilla, cantos y tierra prensados, llevándose los restos de una primitiva capa de cal de la que apenas quedaban vestigios. En su base umbría se apreciaban irregulares manchas de verdín, y ni siquiera una observación de muchos años aclaraba, incluso para un espectador cultivado, cuál podía haber sido la intención de sus constructores al levantarlo. Tenía una altura que excedía en mucho a lo que es habitual en el cercado de una finca, y sus características técnicas descartaban la posibilidad de que se tratase de una antigua muralla urbana. Se alzaba ante el hotelito donde vivía Ernesto Durán como una de esas construcciones erigidas en tiempos remotos sobre lugares sorprendentes, cuyas particularidades formales, su tamaño e incluso sus originales soluciones constructivas, inducen a atribuirles un carácter religioso o mágico, ya que no es posible descubrir en su estructura ningún fin utilitario probable.

En ocasiones, Ernesto permanecía frente a la ventana abierta del retrete incluso durante horas enteras, observando casi absorto la enorme superficie de la pared que, por aquel lado de la casa, impedía ver lo que había más allá. Sólo muy de tarde en tarde, pasaba alguna persona por el camino que corría junto al muro, esa clase de gente de suburbio o aldea, a las que se encuentra por lugares solitarios, caminando por una vereda o atravesando un paraje inhóspito, sin que sea posible deducir, a través de algún dato externo, a dónde se dirigen, de dónde provienen, ni por qué se encuentran en aquel lugar.

El diecisiete de noviembre de un otoño muy frío, Ernesto descubrió, unos cincuenta metros hacia la derecha de su casa, algo en lo que no había reparado nunca: ligeramente por encima de la cabeza de un

hombre de estatura normal, la tapia mostraba un orificio de unos veinte centímetros de radio, que, dada la situación de la ventana, siempre había confundido con una mancha.

Sólo dedujo que se trataba de un agujero cuando, ese diecisiete de noviembre, una vez que había tirado de la cadena del inodoro y había abierto la ventana, vio venir por el camino a un chico y una chica, ambos de unos veinticinco años, que a primera vista parecían una pareja de novios. El era un tipo tan alto como un jugador de baloncesto, con una cazadora de cuero negro, unos jeans descoloridos y una barba corta y ligeramente rojiza. La chica llevaba un chaquetón muy grande, también negro, un foulard morado y unas botas camperas viejas. Caminaban despacio y separados; a veces uno de ellos se adelantaba y luego esperaba a que llegase el otro. Parecían contentos y tranquilos, atravesando uno de esos días en que todo parece bueno y aceptable y la gente que se ama marcha confiada, sin que importe demasiado hablar o estar particularmente próximos, porque las cosas discurren del todo bien y da lo mismo que uno vaya cinco metros por delante o por detrás del otro.

El chico pasó junto a lo que Ernesto siempre había creído que era una mancha, mientras que la chica se había adelantado. Como era un individuo muy alto, la supuesta mancha quedaba justamente a la altura de sus ojos. Entonces, tal vez casualmente, volvió la cabeza hacia el muro.

Se detuvo en seco. Observó algo al otro lado, se estableció firmemente sobre el terreno que pisaba y se dibujó en su rostro la expresión que denota el descubrimiento de una cosa tan particular que pone en marcha todas las posibilidades de atención concentrada de que es capaz un hombre. Luego llamó a la chica con el tono de voz de quien ha tenido una visión del todo infrecuente; ella volvió sobre sus pasos, y el hombre, cogiéndola por la cintura, la elevó hasta que sus ojos alcanzaron el nivel suficiente. Durante unos segundos también permaneció absolutamente

concentrada en lo que veía. Después hizo un movimiento brusco de rechazo y, desde la ventana, Ernesto pudo apreciar en sus gestos que se hallaba turbada por el nerviosismo y la agitación. Se revolvió vivamente para que él la depositase de nuevo en el suelo y, cuando lo hizo, ella tiró del joven para que se apartasen de allí. El chico, a su vez, intentó retenerla y, finalmente, la muchacha se alejó deprisa sin volver la cabeza. El hombre de la cazadora negra aún permaneció junto a la tapia durante unos instantes, observando a través del agujero, posiblemente algo pálido, con ese gesto absorto y deslumbrado de quien descubre en la soledad de su laboratorio y a través de un microscopio, una imagen que le desvela una nueva dimensión de la naturaleza; descubrimiento que viene a ser, conjuntamente, fascinante y sobrecogedor. Cuando la chica se había alejado unos cien metros, su compañero se separó del muro y corrió hasta reunirse con ella. Entonces se cogieron de la mano y caminaron muy juntos, en silencio, hasta perderse tras el recodo que hacía el muro más abajo.

A partir de aquel día, Ernesto dedicó más tiempo del habitual a la observación de la tapia desde la ventana del retrete. Esperaba, sobre todo, la aparición de esporádicos caminantes que se detuvieran junto al agujero del muro a fin de observar sus reacciones, pero esto nunca más volvió a suceder. El orificio quedaba siempre demasiado alto para las escasas personas que atravesaban aquellos parajes. Absortos en sus pensamientos, avanzaban con esa especie de desorientación o ensimismamiento que parece aquejar a los transeuntes solitarios, y ni siquiera reparaban en su existencia o, todo lo más, le dirigían una mirada fugaz que tan sólo duraba unas fracciones de segundo.

Advirtió, sin embargo, algunos fenómenos que acrecentaron su ya obsesivo interés por el agujero de la tapia: muy de tarde en tarde, surgía, por alguno de sus recodos, la figura de algún perro vagabundo que se acercaba presuroso por el camino, con esa agita-

ción nerviosa que parece embargarles al atravesar lugares deshabitados y extraños. De pronto, cuando llegaban a unos veinte metros del agujero, se detenían subitamente, husmeando en el aire algún hálito imprevisto que parecía sumirles en la desorientación y el temor. Permanecían alarmados durante unos instantes, tratando de reconocer la situación, y después, dando media vuelta brusca, desandaban el camino a paso más vivo aún, hasta desaparecer tras el recodo por el que habían surgido.

Los gorriones que se posaban sobre el borde del agujero levantaban instantáneamente un vuelo desordenado al que se mezclaban agudos chillidos, víctimas de un sobresalto imprevisto o como si sus patas, apenas tocaban la tapia, hubiesen sufrido una violenta sacudida.

Y en los días próximos a la Navidad, cuando desde el mirador de la fachada NE se veía Madrid en la lejanía envuelto por una neblina sucia y se escuchaba su ronco rumor propagándose atenuado a través del aire de la mañana, yéndose a la ventana del retrete, se percibía, más allá de la tapia, un helado silencio intemporal, semejante al que llama la atención de un hombre de ciudad al adentrarse en una despoblada zona de charcas o marismas un mediodía invernal.

Tardó más de cuatro meses en determinarse, porque el tiempo para Ernesto Durán era un ente largo y sin límite, y una mañana de Febrero se levantó temprano, le dijo a su madre que le preparase una muda y una camisa limpias y se metió en el baño donde permaneció una hora. Apareció después expandiendo olor a jabón Heno de Pravia, con el cabello limpio y reflectante, todo peinado hacia atrás, y una mirada donde se mezclaba el rubor y una controlada chispa de alborozo, algo semejante al estado de agitación contenida que embargaba a los pasajeros de un trasatlántico momentos antes de la partida.

Después sacó de su armario ropa de calle que no había usado desde hacía siete años, impregnada de ese olor a humedad y difunto propio de las prendas

que han permanecido guardadas largo tiempo; vestidos que proporcionan a su usuario, a causa de pequeños detalles de una echura pasada de moda, un aspecto ridículo y enternecedor.

Su madre le espió en silencio, sobrecogida y hasta cierto punto jubilosa, tras los recodos del pasillo, y finalmente, cuando él ya tenía el abrigo puesto, se atrevió a asomarse al dintel de su cuarto:

—¿Vas a salir?

—Sí —dijo él sin mirarla de frente.

—Pero, ¿dónde vas?

—Voy a dar una vuelta.

—¿Crees que puedes?

—Sí, creo que puedo.

Después bajó a la planta baja, atravesó el amplio recibidor, abrió la puerta y salió al jardín. Sintió intensamente el fresco húmedo de la mañana invernal en el rostro y el olor a hierba temprana. Una niebla tenue cubría el paisaje, y los edificios de Madrid, a lo lejos, se veían como una masa grisácea aplastada sobre el terreno. Le dio la vuelta a la casa y penetró por el camino de tierra que corría paralelo al gran muro. Allí el silencio reclamaba la atención de cualquier paseante; pequeños susurros naturales entre los brotes de hierba o ligeros chasquidos inaudibles en otras circunstancias, se percibían con una nitidez impecable.

Ernesto se deslizó despacio a lo largo de la tapia. Después de siete años encerrado en su casa, el espacio abierto le producía una especie de desorientación inquietante, algo parecido a la impresión que se experimenta cuando, habiendo visto siempre la cancha de un gran estadio desde las gradas, se baja un día al centro del terreno de juego y los ámbitos abiertos se muestran como una zona peligrosa e insegura.

Su madre, que le había estado observando al principio desde el mirador que daba al jardín, se trasladó entonces a la ventana del retrete. Le vio avanzar hasta que llegó a la altura de la mancha oscura que se destacaba en el muro cincuenta metros abajo y que ella

no había tenido ocasión de identificar como un orificio.

Ernesto era lo suficientemente alto como para que sus ojos alcanzasen el nivel del agujero sin dificultad. Unos veinte metros antes de llegar a su objetivo, el imponente silencio y la tácita presencia de un aura extraña y pérfida, le habían sumido en una creciente zozobra. Se detuvo unos segundos con el corazón palpitante antes de decidirse, y después, como quien se resuelve de improviso a ejecutar el acto final que culmina un hecho trascendente, se colocó frente al orificio y miró.

Entonces se quedó inmóvil, con la respiración suspendida.

Una creciente palidez proporcionó a su rostro un tono lívido. Más allá del *muro no había nada.* No significa esto que estuviese contemplando un terreno despoblado de cualquier elemento contabilizable, semejante a una estepa desnuda: tampoco había terreno, ni cielo, ni espacio, ni dimensión, ni color, ni tiempo. Ernesto Durán estaba contemplando justamente *la nada,* una inconmensurable carencia que era más que infinita y proporcionaba un sentimiento de desolación ilimitado, incomparablemente mayor que esa tristeza suma que se abate sobre el enamorado naturalmente melancólico cuando asiste al entierro de su esposa adolescente en un día ventoso y frío de marzo; algo que ponía en contacto lacerante con los más insondables terrores que sacuden al hombre en las altas madrugadas de pesadilla, la desconexión súbita con cualquier referencia al calor entrañable que buscan durante toda su vida los vivíparos, un incoloro océano de angustia donde el silencio era como un hueco absolutamente lleno de atonía.

Miró tan sólo durante unos segundos, y en ese tiempo su cerebro tuvo la oportunidad de asimilar para el futuro todo el desconsuelo del mundo.

Se retiró del agujero completamente curado de su trivial agorafobia: la mañana resultaba sosegante y provista de esa clase de melancolía que te permite

caminar a gusto considerando sin tensiones tu propia situación desgraciada.

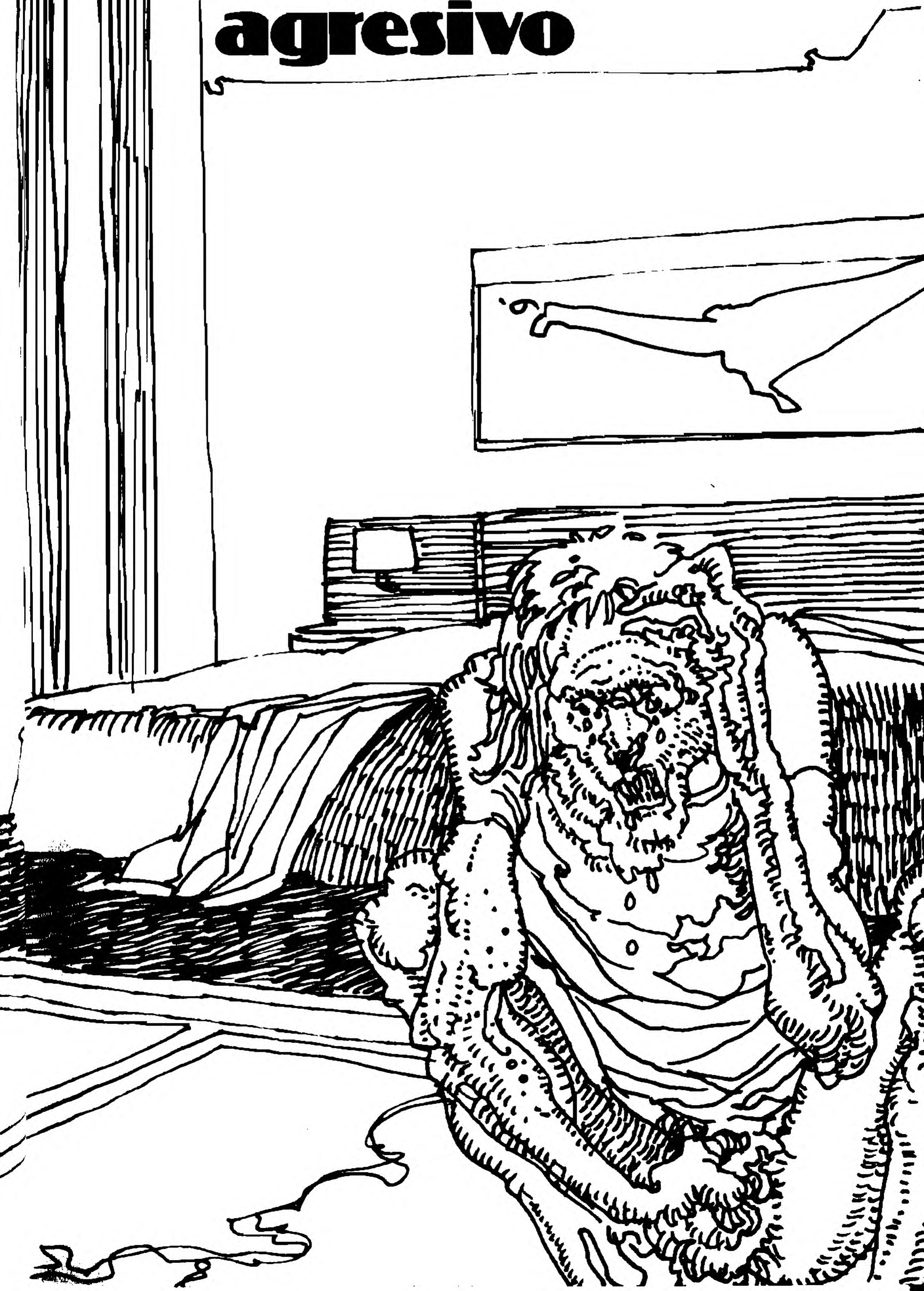
Su madre le vio avanzar despacio, observando tranquilo los alrededores difuminados por la niebla, con la calma que sobreviene cuando todo funciona bien o cuando la desolación es tan extremada que la congoja se transforma en indiferencia. Después le perdió de vista al doblar por el recodo del muro.

Acto seguido, en el silencio del hotelito novecentista, se marchó a la cocina a fin de preparar la comida para cuando él llegase. Terminó a la una y media y entonces se sentó junto al mirador para esperarle.

Le estuvo guardando muchos años, envejeciendo en silencio tras las vidrieras que daban al jardín abandonado, penetrando en la habitación de Ernesto para mirar su cama hecha, tal como quedó el día en que salió de casa; pasando sus dedos por los jerseys colgados en los armarios, tocando con cuidado sus objetos personales, recordando lejanas mañanas con él en una playa del Norte; mirando, a la caída de la tarde, sus remotas fotografías, cuando todavía era un niño que se reía como hacen los hombres comunes durante toda su vida.



Profesional agresivo



Profesional agresivo

Manuel Marinero

Sus crónicas periodísticas —en Irlanda del Norte, Vietnam, Biafra...— le habían sido reconocidas y premiadas. Quería alcanzar el cenit de la fama y el dinero, y sabía que nunca lograría esta meta a través de la imaginación. Por eso su «material de trabajo» era siempre absoluta y auténticamente real.



SSUR S. Sadt aparcó su Chrysler 1981 junto al seto del fondo del jardín. Escuchó un gemido agudo y corto, como un alarido ahogado. Bajó del auto. Encendió un Winston, ojeando el cielo ceniciento. La pesadez de la atmósfera anunciaba lluvia. Sacó la bolsa de alimentos del asiento trasero y el paquete de drogas de la guantera. Caminó con paso decidido y optimista hacia la entrada de la casa (separada por varias millas de carretera comarcal de cualquier otra), con los paquetes contra el costado izquierdo, haciendo girar en el aire con el índice de su derecha su llavero de plata. Era el recuerdo que le habían regalado sus colegas de Chicago seis años antes. La inscripción del llavero decía: «Al mejor reportero de Illinois de 1975. A A. S. Sadt de sus compañeros del Tribune.» Pero Sadt prefería otros recuerdos de sus viajes a Viet-Nam entre 1966 y 1972. Sadt nunca inventaba nada acerca de lo que escribía. No llegaría a ser jamás un Premio Pulitzer del estilo de Tarkington, Bromfield, Margaret Mirchell, Steinbeck, Hemingway, Faulkner o Malamud. Sería un Pulitzer auténticamente, absolutamente realista. A sus 34 años

tenía reputación de ser uno de los periodistas más destacados y polémicos de la nación. En realidad era el periodista agresivo más brillante de los Estados Unidos, o estaba a punto de serlo.

Silbando satisfecho, giró la llave en la cerradura de la puerta. Justo a tiempo de resguardar su traje de hilo crema del chaparrón. Decidió tomar una cerveza en la cocina antes de bajar al sótano y visitar a la Cosa. La cerveza del frigidaire le refrescó. Había sufrido el bochorno de aquella tarde de mayo. Pensó en la magnífica pila de holandesas mecanografiadas que ya tenía en el despacho, y que le abrirían definitivamente la puerta del prestigio y la super-cotización. «Los abismos de la droga» le iban a lanzar en escalada. Podría dirigir cualquiera de los diarios de más de 700.000 ejemplares de tirada. Podría pagar los retrasos a sus cuatro ex-mujeres, y casarse a lo grande con Jacqueline Astor, Van Nesle Agaghiotou.

El periodista agresivo se aflojó el nudo de la corbata. Afuera la lluvia había apretado hasta sonar como un único ruido sordo, sin cambios de ritmo ni intervalos. Semejaba al zumbido amortiguado y continuo de un pequeño motor eléctrico. Assur S. Sadt bajó los nueve y nueve peldaños de la escalera y encendió desde fuera la habitación del sótano. Se percibía desde la escalera un ligero olor a laboratorio. Y al abrir la puerta (como si el músculo pudiera arrojar de un golpe seco un vómito repentino) le dio un vuelco el corazón. Porque las cintas de cuero del camastro estaban reventadas y colgaban de sus bordes. Y el lecho estaba vacío; el colchón retorcido hacia un lado. Sadt giró nerviosamente la vista hacia el suelo en todas direcciones. Pero no. La Cosa no estaba arrastrándose, como esperara el reportero. Este observó con disgusto la magnífica grabadora volcada de la silla, con una cinta desenrollada haciendo eses sobre el piso. Pero la Cosa no se veía. La Cosa había desaparecido.

Sadt se figuró que por décimas de segundo la lluvia había sonado como un llanto apagado. Giró sobre sus

talones, llevándose velozmente la mano diestra al cinto, a un costado. Y luego, en otro rápido movimiento, hasta los bolsillos de la americana. Estos solo contenían jeringuillas nuevas. Assur S. Sadt recordó en seguida que había dejado su revólver en la guantera del Chrysler. Con autodisciplina, se impuso a sí mismo serenidad, cordura. Aquella criatura estaba sin lugar a dudas en un estado límite de agotamiento físico, y él pesaba más de noventa kilos. Su rígido cerebro ordenó a sus labios que se estiraran en una sonrisa de ánimo. Su mentalidad económica paseó sobre el hecho de que la Cosa ignoraba dónde se encontraban la cocaína, la metadona, el nembutal, las anfetaminas, el LSD, la heroína, el imesonal, la clorpromacina y los honguitos, la psilocybina. Y estaban bien guardados bajo llave. Sadt estaba haciendo una inversión muy respetable a cuenta de los rendimientos futuros de su reportaje.

Pese a que era impensable que su prisionero no fuera inofensivo, el periodista agresivo Assur S. Sadt resolvió armarse con el contenido de la caja de herramientas del trastero contiguo. Este trastero estaba al pie de la escalera, haciendo ángulo con aquella habitación del sótano. Había allí un juego de martillos de diferentes tamaños. La puerta rechinó al girar en sus goznes. Sadt gritó al casi tropezar con los ojos luminosos, húmedos, voluminosos y enloquecidos sobre las ojeras de cuervo y la piel violácea de la Cosa, empapada en sudor. El aliento convulso de esta alcanzó la cara del escritor. Este se desplomó. Sobre su fornido cuerpo saltó una figura babeante y escuálida, cuyos pasos atravesaron espasmódicamente los peldaños de la escalera. Sadt se incorporó, pasándose el dorso de una mano por la frente cubierta repentinamente de gotitas de sudor frío. La idea de que aquél ser monstruoso pudiera alcanzar su auto se desvaneció en la consciencia de Sadt, mientras sus dedos barajaban y acariciaban las llaves del llavero al mejor reportaje. El escritor se burló de sus ocurrencias. Aquel ser había tenido por fuerza que perder

bía dejado al llegar. El inhalante era la próxima prueba para Ryan. Si este hubiera salido por la puerta al campo, Sadt lo hubiera oído. Así que pasó a la cocina. Estaba vacía. Al salir, el periodista cerró el pestillo. Y pasó a su despacho. Nada. Nada vivo, salvo el cajón de doble fondo del bureau con las drogas y salvo la gruesa carpeta de apuntes por los que el repórter saltaría a la fama internacional. Sadt cerró con llave la puerta del despacho. Luego inspeccionó sin éxito el cuarto de baño, que dejó cerrado también con pestillo. La habitación para huéspedes estaba igualmente vacía. Ahora no cabía duda: la Cosa se había refugiado en el propio dormitorio de Sadt. Este cruzó de nuevo a través del hall hacia la puerta entornada de su alcoba. La lluvia repicaba sobre madera, lo que quería decir que Ryan no había huido por la ventana, porque no habría podido cerrar luego la persiana desde afuera. Sadt escuchó una tos. Alzó el martillo a la altura de su hombro derecho. Ryan estaba con certeza al otro lado de la puerta. Quizás había llegado el momento de prescindir del chico, y ponerse a buscar a otro, o a una pareja. Si aquél histérico le atacaba, Sadt no podría calcular ni la fuerza de su propio golpe, ni la parte del cuerpo donde alcanzaría al monstruoso muchacho. La más razonable sería reventarle la cabeza como a un melón. Aquella era una buena noche para prender el fuego de la caldera de la calefacción. Un limpio entierro, si es que a eso se le puede llamar con exactitud un entierro. Empezaba a hacer frío a aquella hora. Y abajo había leña de sobra para consumir el menor rastro de la Cosa. Metiendo una mano por la rendija de la puerta, Sadt prendió desde fuera la luz del dormitorio, empujando a la vez aquella violentamente con el pesado martillo. La gran estatura de Sadt se destacó en el vano de la puerta. Y un espeluznante alarido atravesó sus oídos.

La Cosa tenía la cara escondida tras una sábana sostenida por temblorosas manos huesudas, grisáceas. Detrás de la tela surgían sollozos desgarradores. Sadt

dio dos pasos. Y lo que había quedado de John Ryan se dejó caer al suelo de golpe, entre contorsiones de epiléptico.

Sadt apenas podía entender las sílabas *no... no... no...*, repetidas entre los balbuceos, el llanto y los sonidos inarticulados, más propios de un animal al que estuvieran desollando que de un hombre. Sadt dio otros dos pasos, con el martillo en alto. Aquel cuerpo estaba arrodillado a sus pies, envuelto únicamente en una camiseta sucia de mangas cortas, y se debatía espasmódicamente. Los codos se abrían y cerraban. Las manos soltaron la sábana y comenzaron a dar tirones de la frente, la barbilla, los pómulos, la nariz de aquél rostro violáceo y demacrado cuyos ojos llorosos bailaban sin control ni intención. Parecía querer arrancarse las partes de la cara, apartarlas de sí. Sadt pensó durante un segundo rematarlo allí mismo, por piedad o repugnancia. Pero decidió no caer en esas debilidades. Se le ocurrió que preferiría tener en las manos una cámara de super 8, en vez del martillo inútil, innecesario. Como no cesaban las convulsiones de pánico de su cobaya, Sadt echó el martillo a un lado, sobre la cama e, inclinándose, recogió a Ryan del suelo venciendo su resistencia.

Aquel ser desnutrido no tenía apenas peso. Sadt lo llevó a rastras fácilmente a través del hall. Pero en la escalera tuvo más dificultades. Las convulsiones de su presa, de una energía nerviosa imprevisible, le obligaban al profesional agresivo a esforzarse para no perder el equilibrio. Sadt dudaba entre someter a la cobaya al efecto de relajación y anestesia del tricloroetileno recién adquirido (que le detendría los espasmos del corazón) o darle una dosis elevada de nembutal. Pero la reacción de aquél organismo también podría ser de taquicardia o de delirio. Las cintas de cuero de la cama estaban inservibles. Sadt debería darse prisa en atar a aquel desesperado con el cable de cobre de la caja de herramientas. Podía aquel desgraciado sufrir un ataque mortal, y sería entonces imperdonable para Sadt no estar preparado con la cá-

mara de super 8, y con la cinta del magnetofón en orden.


Por fin Assur S. Sadt llegó al pie de la escalera y empujó adentro de la habitación del sótano al joven deshecho. El cuerpo de este chocó contra una pata del camastro. Hecho un ovillo, lloraba a mayor volumen que si aullara, doblando el cuello flexible, como invertebrado, sacudiendo la cabeza adelante y atrás, a derecha e izquierda. Mientras con un brazo doblado se sujetaba un costado y con la otra mano tenía el pene aplastado, sujeto con toda su fuerza.

Sadt estaba en cuclillas, rebuscando en la caja de herramientas. Sacó un grueso rollo de cable de cobre. Desenrolló un poco más de un metro y lo cortó con los alicates. Luego otra parte igual. Y una tercera y una cuarta. Con los cables curvados volvió hacia su víctima. Dejó tres partes de cable sobre la cama y armado con la otra se acercó al infeliz, que emitía chillidos de mono. Consiguió agarrarle por una muñeca. Ryan, en cuatro patas, retrocedió para ocultarse debajo de la cama. Sadt aplicó a la cara espantada una violentísima y sonora bofetada, intentando dominar la histeria del infeliz. El cuerpo del prisionero se tensó hacia atrás, como si Sadt le quemara. Y repentinamente dio un formidable salto de locura furiosa, atenazando con las dos manos la garganta de Sadt. Este soltó el alambre de cobre y le golpeó al desgraciado en los riñones con dos fortísimos puñetazos en corto. Pero los brazos estirados de Ryan, agujereados como alfileteros, estaban tensos, rígidos como cables de acero. Su corazón latía a flor de piel, golpeando el tórax hacia fuera de una manera audible, haciendo el sube y baja de una bomba hidráulica. Sadt dio un traspié. Aferró a su vez los brazos de su agresor por las muñecas. Sentía que la fuerza del enemigo no procedía de su energía física, sino de una contracción muscular nerviosa. Ryan echaba espumarajos por la boca. Sadt no fue capaz de desprenderse de aquellos dedos metálicos, aunque hiciera retroceder unos metros al desgraciado. La pálida piel de Sadt comenzó a

teñirse de rosa. Estaba congestionado. Sus rodillas se fueron aflojando poco a poco.

* * *

Era un día radiante, de affiche turístico. Al despertar, Assur Senacherib Sadt, el brillante periodista, estaba echado en su propia cama. Pero advirtió simultáneamente que estaba atado por muñecas y tobillos con cables de cobre, y que Ryan caminaba de espaldas hacia un aparador frente a un espejo. Recordó la lucha en la que había estado a punto de morir estrangulado. El pobre Ryan estaba definitivamente perturbado. Llevaba puesta la chaqueta de hilo crema sobre las piernas desnudas, y babeaba riendo estúpidamente. Se entretenía en... Estaba insertando con su pulso arruinado por los temblores una aguja en una jeringuilla. Sadt pensó con desprecio (luego con pánico) que Johnny Ryan se había degradado al nivel de los simios, y había adquirido el sentido mimético de estos. El periodista agresivo giró la cara hacia el teléfono de la mesilla de noche. Pero su mirada se cruzó con una silla, y fue descubriendo sobre ella, alineados, su nembutal, su imesonal, su LSD, su metadona, su heroína, su clorpromacina, su psilocybina, su Still-2, su Preludin y su tricloroetileno. Y entre las patas de la silla estaba sobre el suelo, roto, el cajón de doble fondo. Sadt miró con terror hacia el armario destrozado del dormitorio, que tambian había sido objeto de registro, y miró con terror a Ryan, que se aproximaba hacia su brazo desnudo con una goma elástica entre los dedos de la mano. Los ojos de Ryan sonreían como los de un niño que se acercara en Navidad a un juguete de regalo.



La habitación interior

La habitación interior

Pedro Montero

La casa era un perfecto refugio para el amor que se profesaban. Pero había una habitación, una sola, en la que le estaba negada la entrada. Y ella le había dicho que esa habitación era como su conciencia y, por tanto, inviolable incluso para él...



ACEPTO tu amor y deseo vivir contigo —dijo la muchacha cuando terminaron de recorrer la vivienda—, pero hay una cosa que debes saber.

El hombre se estremeció interiormente, temiendo la inminente revelación, pero fingió escuchar con serenidad.

—No todo va a ser fácil en nuestras relaciones. Habrá momentos de duda, de vacilación. Surgirán malentendidos que dificultarán nuestra vida en común. A veces desearás no haberme conocido; otras pensarás que no soy yo misma y que mis cambios de carácter son propios de un ser desequilibrado. Pero te digo de antemano que estos momentos amargos serán compensados —si eres fiel al amor que me profesas— y obtendrás a cambio instantes de dicha tan perfecta como jamás hubieras imaginado que pudieran existir.

—Te amo con todas las fuerzas de mi ser; por tanto, estoy dispuesto a unirme a ti para toda la vida, sin poner condiciones y sometiéndome a todos tus deseos —repuso el hombre.

—Sea —concluyó la joven.

Y la pareja se fundió en una unión tan placentera que cualquier intento de describirla no haría sino degradar aquella inmensa felicidad.

—¿Qué hay en esta habitación cerrada? —preguntó Tomás haciendo girar el pomo de la cerradura.

—Absolutamente nada —repuso Agata.

—¿Por qué está cerrada, entonces?

—Por la misma razón por la que podría estar abierta.

—¿Me aseguras que este cuarto está absolutamente vacío? —insistió Tomás.

—Te aseguro que no hay nada en él. Es una habitación interior que, en consecuencia, carece de ventana. Es como mi conciencia —dijo Agata, pensativamente; a veces me recluyo en ella durante algunas horas para recuperar la paz interior, y al cabo de ese período de reposo me siento renovada y con deseos de vivir.

Los días transcurrían apaciblemente y la dicha que embargaba a los amantes no se veía enturbiada por la más mínima rencilla; pero al cabo de algunas semanas Tomás observó que la joven iba palideciendo ostensiblemente y su salud parecía a punto de quebrantarse, si no lo estaba ya. La delgadez de sus miembros era extrema; sus bellos ojos habían perdido el brillo y su respiración se había tornado fatigosa.

—¿Qué tienes, querida? —preguntaba anhelante.

—No es nada —respondía, invariablemente, Agata—. Dentro de unos días me encontraré mejor.

—¿Por qué no reposas un poco? Pareces fatigada y tu piel es casi transparente.

—Dentro de unos días —repetía ella.

Pero la muchacha continuaba marchitándose y su amante se sentía presa de una angustia que le oprimía el corazón.

Transcurridos varios días Tomás insistió de nuevo.

—¿Puedo hacer algo por ti, amor mío?

—Ahora, sí puedes —repuso ella con un hilo de voz—. Todo lo que necesito es descansar algún

tiempo. Prométeme que no interrumpirás ese reposo que tanto preciso bajo ningún concepto.

—Te lo prometo.

—Júrame que pase lo que pase seguirás al pie de la letra mis instrucciones.

—Te lo juro.

—Recuerda, Tomás —reiteró ella con tono admonitorio—, que me has hecho una promesa y un juramento. Así pues, deberás atenerte a las consecuencias si no respetas lo que tú mismo has aceptado voluntariamente.

—¿Por qué esa solemnidad, si lo único que deseo es tu recuperación? Pídeme que me arroje al mar y lo haré de inmediato, si eso puede aliviarte.

—No te ofrezcas de ese modo, amor mío, no sea que en alguna ocasión me vea obligada a requerir de ti el cumplimiento de promesas que yo no he solicitado.

—De acuerdo —manifestó Tomás—. ¿Hago llamar al médico?

El rostro de Agata, tan apacible de ordinario y tan dulcificado por la gran debilidad que había hecho presa en ella, se contrajo en una mueca brutal y de sus labios salió una carcajada estentórea.

—¿De qué te ríes? ¿Acaso no es lo más indicado acudir a un doctor cuando nuestra salud se resiente? —preguntó, un tanto desconcertado.

—Lo único que necesito es reposo —repuso ella, agriamente—. Voy a entrar en esa habitación y permaneceré allí el tiempo que considere oportuno hasta que se produzca mi recuperación. Puede que sean dos días o quizá dos semanas; pero, en tanto yo continúe en esa estancia, habrás de abstenerte de intentar comunicarte conmigo. Tendrás que vivir como si yo no existiera, y, desde luego, si acaso se te ocurriera, en contra de mis repetidas advertencias, abrir la puerta y entrar en la habitación interior, hazte cuenta de que me habrás perdido para siempre.

—¿Dos semanas? —preguntó, alarmado, Tomás—.

Y si lo que necesitabas era esa clase de reposo, ¿por qué no lo has tomado antes?

—Este es el momento oportuno, y no otro —fue la respuesta de Agata.

—Al menos, saldrás para alimentarte o para realizar ciertas funciones...

—¡No saldré en absoluto! —exclamó Agata con un grito tremendo—. Y tú cumplirás lo que me has prometido.

—La comida... —intervino Tomás, con precaución.

—Si eso es lo que te preocupa —declaró ella—, puedes dejarme cada noche una bandeja junto al umbral, pero retírate en el acto o, de lo contrario, no la recogeré.

—Así lo haré si lo deseas.

—Y no te extrañe —continuó Agata dulcificando el tono de su voz— si por medio de esquelas te pido que me proporciones alimentos que pudieran parecer extravagantes o caprichos propios de una persona rara. Piensa, amor mío, que cuando recupere mis fuerzas será tanto el amor que te daré que te considerarás el más feliz de los seres vivientes.

Dichas estas palabras, Agata entró en la habitación interior y cerró la puerta tras ella.

Durante varios días el único indicio de que su amada permanecía en el cuarto era la nocturna recogida de la bandeja que a la mañana siguiente aparecía vacía de viandas, señal inequívoca de que Agata se alimentaba adecuadamente.

Fiel a la promesa que había hecho a la joven, Tomás se retiraba prudentemente tras depositar en el suelo la comida y no volvía hasta la mañana siguiente.

Cierta noche, al pasar junto a la puerta de la habitación interior, la pareció oír una voz. Se detuvo un instante y aplicó el oído al batiente. Hasta él llegó un debilísimo lamento, una queja agónica propia de una persona cuya vida se escapa. Estuvo tentado de golpear la madera y llamar a su amada, pero recordando las promesas y juramentos exigidos por ella se abstuvo de hacerlo.

Al cabo de algunos días un olor a muerte y corrupción se extendió por toda la casa, y del cuarto interior salían lamentos desgarradores que atenazaban el alma de Tomás.

Una mañana, al ir a recoger la bandeja, halló en ella una nota que le tranquilizó acerca del estado de salud de Agata. Su letra, aunque deformada, era reconocible, y las líneas comenzaban con un afectuoso «queridísimo Tomás», que el joven agradeció profundamente; pero a continuación, Agata solicitaba para aquella noche un menú tan extravagante y nauseabundo, que Tomás sintió revolverse su estómago.

El joven hizo caso omiso de la petición y depositó junto a la puerta una cena convencional, consistente en un plato de sopa, dos rodajas de merluza y una manzana; pero al ir a recoger la bandeja por la mañana no pudo evitar unas arcadas de repugnancia al ver los alimentos intactos, pero envueltos en excrementos de los que emanaba un insoportable olor.

Ya se disponía a cumplimentar los deseos de la voluntaria reclusa, cuando la propia Agata se presentó una mañana a la puerta del dormitorio conyugal.

Su aspecto era magnífico, su belleza más radiante que nunca, el brillo de sus ojos intensísimo, el color de su piel muy hermoso. Su cuerpo deseable se aproximó al lecho, desde donde la contemplaba Tomás, y los labios de la joven se abrieron para musitar:

—Gracias, amor mío —y se tendió junto a él.

Tomás no pensó en solicitar explicaciones acerca de aquel misterioso eclipse, sino que, subyugado por la belleza de su amada, besó furiosamente su boca y poseyó ardorosamente aquel cuerpo adorable.

—Gracias —repitió Agata una vez más—. Gracias por no hacerme preguntas.

Y de aquel modo selló completamente la boca de Tomás que acaso hubiera formulado más tarde algún interrogante.

* * *

Cada vez que pasaba junto a la puerta de la habitación interior, Tomás se preguntaba si Agata había dicho la verdad al asegurar que aquel cuarto estaba completamente vacío. ¿Cómo era posible que un ser humano pudiera permanecer en aquel lugar durante muchos días y reaparecer con tan saludable aspecto en vez de salir de él pálido y ojeroso, cuando menos?

O bien la habitación estaba provista de todo lo necesario para una agradable estancia en ella, o bien existía dentro del cuarto una salida secreta al exterior por donde su amada había hecho esporádicas excursiones y quién sabe si visitas a afamados médicos que habían procurado su recuperación.

Probablemente el carácter de Agata, dado a lo misterioso y esotérico, necesitaba de aquellas fantasías y gustaba de transformar lo ordinario en algo extravagante y raro.

Cierta vez estuvo tentado de aplicar su mano al pomo de la puerta para comprobar si la estancia continuaba cerrada, pero se detuvo en el último segundo, suponiendo, sin saber por qué, que Agata terminaría por enterarse.

—Te dije que era como mi conciencia —musitó ella.

—¿Qué dices? —preguntó Tomás, sintiéndose sorprendido en sus íntimos pensamientos.

—La expresión de tu rostro denota que has estado a punto de faltar a tu promesa —declaró Agata—. Y te recuerdo que en esa habitación no hay nada; ni siquiera una cama; mucho menos, por tanto, una salida al exterior. Todas las personas necesitan retirarse de vez en cuando dentro de sí mismas y hallar esa paz interior que nos roba la vida cotidiana. Yo busco esa tranquilidad en la habitación interior —continuó diciendo.

—¿Cómo es posible...? —insistió Tomás.

—Esa pregunta carece de sentido, mi amor. Frecuentemente importa mucho menos el porqué de las cosas que sus efectos y resultados. ¿Te has preguntado alguna vez por qué nos amamos? ¿Vale la pena

dedicar horas y horas a analizar la razón del cariño que nos une en lugar de consagrar ese tiempo a disfrutar de él? —manifestó la muchacha—. Con gran frecuencia, y dejando aparte los asuntos de la ciencia, el análisis minucioso de sentimientos y situaciones no hace sino marchitar el encanto de sensaciones puras y gozosas.

—¿No es maravilloso dedicar horas enteras a hablar del amor que nos une y a profundizar así en él? —inquirió Tomás.

—Te aseguro —repuso Agata— que un beso furtivo o una mirada cariñosa son más gratificantes que un lacerante interrogatorio que oculta dudas y bajo el que subyacen desconfianzas gratuitas que, acaso debido a la insistencia, lleguen a tomar entidad real.

—No acierto a comprender... No es razonable que ese aislamiento te haya devuelto tu lozanía.

—Piensa que hay cosas que la razón no acierta a comprender.

—Me gustaría saber...

Agata se aproximó a su amado y selló su boca con un beso tan ardiente que Tomás se sintió desfallecer. Después musitó:

—Ese es el verdadero conocimiento y el más cercano a la naturaleza de nuestra relación, mi amor.

—Me prometes que en esa habitación...

—No te prometo nada, puesto que ya lo he hecho, y tú, en esa insistencia importuna, pareces haber olvidado que lo prometido es deuda, tanto por tu parte como por la mía. Y ahora te ruego que ceses de hablarme y dejes que repose un poco —rogó Agata—. Con tantas palabras has relegado el silencio a un segundo término. Y no olvides que lo que yo busco en la habitación interior es el gran silencio que nos roban los días.

Cuando Agata se hubo acostado, Tomás continuó dando vueltas al asunto en su cabeza.

Amaba a Agata, deseaba su cuerpo y su alma, pero no podía impedirse, bajo ningún concepto, experimentar una gran curiosidad por la habitación interior.

¿Por qué no había de ser compatible su amor con la satisfacción de aquella curiosidad?

De resultas seguramente de aquella fatigosa discusión Agata se sintió de nuevo desfallecer, y a los pocos días su lozanía y su belleza comenzaron a declinar vertiginosamente.

Tomás, preocupado por el aspecto de su amada, volvió a insistir en los remedios tradicionales, provocando la ira de Agata, la cual manifestó:

—Dentro de algunas horas, y cuando el momento sea propicio, me internaré en mí misma en busca del reposo que me has arrebatado con una discusión inútil. Eso equivale a decir que entraré en la habitación interior, de la que surgiré al cabo de algún tiempo completamente renovada. Te amo con todas mis fuerzas —añadió— y no quisiera perderte; por tanto, confío en que, tal y como sucedió la vez pasada, sigas fielmente mis instrucciones y esperes mi, llamémosla, resurrección. Vuelvo a repetirte que en la habitación interior no encontrarías nada; por tanto, no te atormentes con elucubraciones inútiles, y una mañana volveré a ti radiante y dispuesta a amarte con renovados ímpetus.

Dicho lo cual, Agata se despidió con un beso y cerró tras de sí la puerta de la habitación interior, no sin haber advertido a Tomás que, oyera lo que oyera, se mantuviese alejado de aquel cuarto.

Tomás, recordando la experiencia anterior, supuso que no tardarían en hacerse oír los lamentos y quejas provenientes del otro lado de la puerta. Probablemente aquella misma noche sería despertado por gemidos atormentados que no sabría a qué atribuir y que harían surgir en él deseos de penetrar en la habitación interior.

Pero transcurrieron los días y ni el más leve ruido surgía de aquel misterioso cuarto, cosa que resultaba mucho más inquietante y angustiosa.

Todas las noches depositaba la bandeja junto al umbral de la puerta y la recogía por las mañanas, intentando adivinar por la disposición de los platos, los

alimentos consumidos o las huellas de labios en el vaso lo que estaba ocurriendo en la habitación interior.

¿Era cierto que bastaban unos días de reposo absoluto para devolver la lozanía a Agata?¿No habría algo infernal y ominoso en aquella estancia que, merced a quién sabe qué terrible pacto, restituía la belleza y la salud a su amada?

Cierto que había oído hablar de las curas de reposo o de sueño que ejercen benéficas influencias en las personas agotadas, pero no hasta el punto en que aquellos paréntesis esporádicos favorecían a Agata.

El cerebro de Tomás elucubraba sin pausa preguntándose el porqué de aquellos súbitos desfallecimientos y de aquellas necesarias ausencias. Su mente analítica deseaba conocer de manera racional las motivaciones de cada acto, y ni siquiera era capaz de contemplar una bella puesta de sol sin teñir el gozo de aquellos momentos con disquisiciones de carácter filosófico.

Amaba y deseaba a Agata, pero tanto o más fuerte que este deseo y este amor era el anhelo por conocerla y comprenderla. No era capaz de intuir que para analizar hay que descomponer las partes y desarmonizar el todo. No era de las personas que gozan con la contemplación de una cajita de música o un gracioso autómata de juguete; pertenecía a aquella clase de espíritus inquisidores que ante el milagro o la maravilla tienden a desmontarlo hasta que dan con el trasfondo desconsolador donde se construye el truco o tiene su base la mágica trampa que es el fundamento del ilusionismo.

Pero aquel pertinaz silencio le desconcertaba hasta tal punto que casi era una justificación para irrumpir en la habitación interior. ¿Se encontraba peor Agata? ¿Su salud se había degradado de tal modo que era incapaz de pedir auxilio?

La diaria desaparición de los alimentos le decía que no, pero su curiosidad le forzaba a buscar alguna excusa lo suficientemente poderosa como para forzar la

voluntaria clausura y permanecer de nuevo junto a su amada. ¿Acaso podía considerarse como un deseo ilegítimo el ansia de compartir cada uno de los momentos de su vida con Agata? ¿Quién podría acusar a un amante de absorbente por el hecho de desear la continua presencia de la amada?

«Ten paciencia, amor mío —decía una nota que encontró una mañana en la bandeja—. Ten confianza en mí. No hay nada en esta habitación excepto yo en conversación conmigo misma. No repares en las ausencias, porque yo estoy siempre junto a ti.»

Aquella nota le reconfortó, pero a los pocos días pudo comprobar que los alimentos de la bandeja permanecían intactos, y por la posición de la fuente y el servicio dedujo que Agata ya no se preocupaba de introducir su sustento en la habitación interior.

Un silencio aún más profundo emanaba de la misteriosa estancia. Tomás estaba seguro de que en aquellos momentos se estaba produciendo el prodigio que devolvía a su amada la salud y la belleza, y se sintió celoso de algo que no conocía, de algo que quizá no existía, porque, en definitiva, los celos siempre lo son de algo desconocido y fantasmagórico que no tiene más entidad real que la que nosotros le prestamos.

Enfrascado en aquellos pensamientos comprendió que lo que en realidad le atormentaba no era tanto el misterio de la recuperación de Agata como que aquel proceso no tuviera lugar bajo sus ojos. Su carácter absorbente no le permitía entender los apartes de la mujer que amaba, sus retiros a su propio mundo interior o a aquella habitación que odiaba ya con todas sus fuerzas, y, puesto que ella ya no prestaba atención a la bandeja de alimentos, Tomás, deseando tranquilizarse, deslizó una nota por debajo de la puerta en la que decía:

«Amor mío: no me taches de egoísta si te confieso que no comprendo estas ausencias tuyas. Cuando después de estos interminables eclipses reapareces ante mí me invade un gozo que podría calificarse de

perfecto, si no fuera porque no ceso de preguntarme qué es lo que has hecho y dónde has estado, que es lo mismo que decir: ¿Qué es lo que buscas en esa habitación interior? ¿A qué desconocidas fuerzas te abandonas? ¿Qué o quién hay ahí? ¿Existe algo más necesario que yo para tu vida? Necesito saberlo. Preciso que me des una señal que me permita entrar en esa estancia, a fin de comprobar que la inquietud que me atormenta carece de fundamento. ¿Lo harás?»

Pero transcurrieron los días y el silencio se hacía cada vez más desesperante. Y Agata no daba señales de vida.

Cierta noche Tomás se paseó por el pasillo repetidamente, y cada vez que cruzaba junto a la puerta de la habitación tenía que contener sus deseos de asir el pomo de la cerradura y hacerlo girar, porque estaba seguro de que, si efectuaba aquel movimiento, la puerta se abriría sin ofrecer más resistencia.

Una y otra vez sus ojos se detuvieron en los batientes y su oído trató de captar algún ruido proveniente del interior, pero la atenta escucha resultaba inútil.

Finalmente, triunfó la curiosidad sobre la confianza y el deseo de saber se sobrepuso a la generosidad de la voluntaria ignorancia. Posó su mano sobre el pomo y, haciéndolo girar abrió la puerta de la habitación.

La oscuridad era absoluta. Dio unos pasos hacia el interior y los batientes se cerraron suavemente, dejándole aislado del resto de la casa.

Tanteó la pared en busca de un interruptor de la luz, pero no pudo hallarlo. Retrocedió ligeramente hacia la puerta, quizá tardíamente arrepentido de la profanación, pero no pudo encontrar el mínimo rastro; tan sólo un muro frío y rugoso sin solución de continuidad.

—Agata, amor mío —llamó, pero no obtuvo respuesta—. Sé que estás aquí. Háblame, por favor.

El silencio más abrumador se cernía sobre la habitación. De pronto recordó que en un bolsillo de su

pantalón guardaba un encendedor y se dispuso a utilizarlo.

Como surgiendo del pasado más remoto o de profundidades abismales, una voz debilísima y monocorde llegó hasta sus oídos. Tomás se estremeció y deseó no haber entrado jamás en aquella estancia, pero ya era demasiado tarde.

—No ilumines este ámbito que debe permanecer siempre silencioso y oscuro —dijo el murmullo agonizante—. No hagas la luz, porque lo que verías te causaría tan profunda impresión que tu cerebro estallaría en mil pedazos al instante... Hombre de poca fe... Tú, que fuiste mi amor...

—¡Agata, amor mío! —exclamó Tomás.

Y Agata respondió:

—Tú, que fuiste mi amor, no has sabido respetar mis deseos de intimidad y de aislamiento... Era tan poco lo que te pedía... Te lo rogué con tanta insistencia... Aquí no hay nada, te dije, nada más que yo; ni siquiera una cama... NI SIQUIERA UNA PUERTA... No, tú que fuiste mi amor... Este es mi reino y sólo yo puedo entrar y salir a voluntad, porque esta habitación interior es mi conciencia, es el rincón más íntimo de mi ser, adonde me retiro cuando necesito volver a conocerme a mí misma... Aquí no hay nada..., ni siquiera una puerta... Cuánto te he prevenido acerca del respeto a mi intimidad y a mis rarezas... De qué forma tan cruel tu pertinaz afán de raciocinio ha profanado este sancta santorum donde, como cada persona, me retiraba esporádicamente para estar conmigo y recobrar el deseo de amarte que tu implacable análisis iba continuamente marchitando... Aquí no hay nada, amor, ningún misterio..., y esto no es una habitación, sino un mundo interior, mi propio mundo... No hay nada, y, sin embargo, te prevengo de que no hagas la luz, porque la dispersión y el abandono a que me he sometido, con ánimo de fortalecerme para ti, todavía están actuando sobre mi persona... ¿Cómo no has comprendido que cada cual posee su propio reino de intimidad que es

necesario respetar?... ¿Hasta qué punto ha llegado tu egoísmo, tu desconfianza, tu falta de fe y tu insano deseo de analizarlo todo, que has sido incapaz de permanecer fiel a las promesas que me hiciste?... Aquí no hay nada; tú, que fuiste mi amor; este es mi mundo interior, en el que me rehacía para ti... NO HAY NI SIQUIERA UNA PUERTA... Unicamente yo puedo entrar y salir a voluntad... El que, contraviniendo mis órdenes y rompiendo promesas, penetra en este mundo reservado, se ve sometido a una infinita desesperación..., hasta que llega el fin... ¡Egoísta!... ¡Egoísta!...

—Cómo podía saber... —dijo Tomás—. Deseaba tu continua presencia...

—¡Egoísta!... —repitió Agata desde ningún lugar definido—. Te has dejado vencer por un desmesurado deseo de conocimiento, en lugar de limitarte a gozar de nuestro amor... Nadie puede tener continuamente a nadie... Siempre hay ausencias, pero no son éstas las que importan, sino los regresos... Y yo regresaba siempre de mis viajes... Las despedidas son tristes, pero necesarias... Las arribadas, que se producen siempre cuando existe verdadero amor, son lo definitivamente importante... y mi barco atracaba asiduamente en el muelle de tu amor...

—¡Salgamos, Agata!... ¡Volvamos a la luz del día!

—Es demasiado tarde. Has faltado a tus promesas —dijo la voz lejana y ubicua—. No me mereces...

—¡Deseo verte!

—Guárdate de hacerlo...

—Salgamos.

—NO HAY PUERTA... NO HAY PUERTA PARA TI...

Tomás empuñaba furiosamente el mechero, cuyas aristas se clavaban en la palma de su mano hasta hacerle sangre.

—Deseo verte.

—No añadas otro mal a tu desgracia..., tú que fuiste mi amor... Este es mi mundo interior, adonde me retiro para regresar con más ímpetus y deseos de

amar, y debe permanecer silencioso y oscuro. Ya has roto el silencio, no profanes la oscuridad...

Haciendo caso omiso de las palabras de Agata, Tomás fue elevando el encendedor y cuando lo tuvo a la altura de su cabeza oprimió el mecanismo y una llama vacilante iluminó aquel ámbito.

La habitación estaba completamente vacía y no existía ya ninguna puerta. Tomás caminó lentamente con la luz en lo alto, hasta que descubrió un bulto informe junto a una de las viscosas paredes. Al agacharse para contemplarlo mejor sintió que su espíritu le abandonaba.

Aquella masa repugnante y nauseabunda era el cuerpo de Agata que estaba regresando lentamente a su ser desde Dios sabe qué ignorados abismos.

—¡Egoísta! —susurró aquel agujero sin contornos definidos—. ¡Egoísta!... Has querido descubrir el monstruo que llevaba dentro, la bestia incomprensible que nos posee a todos..., y en este hallazgo tienes tu castigo... Te has convertido en ladrón de la intimidad... Has profanado la habitación interior y ahora te espera la desesperación.

El encendedor cayó de la mano de Tomás y el silencio y la oscuridad más aterradores invadieron el ámbito por el que, durante mucho tiempo, antes de que se produjera la horrenda solución final, el profanador se vería obligado a vagar sin reposo ni pausa.





El barril de amontillado



El barril de amontillado

Edgar Allan Poe

«Desde el seno de un mundo hambriento de materialidades, Poe se lanzó al reino de los sueños... Para él, la imaginación es la reina de las facultades...»

(Charles Baudelaire.)





IL ofensas me había hecho Fortunato y siempre las soporté lo mejor que pude. Pero acabó llegando al insulto, y entonces juré vengarme cumplidamente. Quienes tan bien conocéis la naturaleza de mi temperamento, habréis adivinado que no pronuncié palabra alguna con relación a este propósito. Sin duda, a la larga yo sería vengado. Pero quería excluir, naturalmente, toda posibilidad de peligro. Porque mi propósito era castigar, sí, pero castigar con impunidad absoluta, ya que una injuria no queda justamente reparada si el vengador se ve perjudicado de alguna forma por el castigo que infringe. Pero tampoco existe reparación si el ofendido no da a entender claramente al causante de su agravio que es él quien se venga.

Fiel a mis designios jamás di a Fortunato, ni de palabra ni de obra, el más leve morivo de sospecha, sino que en todo momento le hacía ver que le profesaba la mejor voluntad del mundo. Continué sonriendo en su presencia, como de costumbre, pero él no pudo advertir que mi sonrisa estaba inspirada por el firme propósito de asesinarlo.

Era Fortunato hombre digno de ser temido, y aún

merecedor de toda consideración, pero como todos los seres humanos tenía su punto flaco. Y era que se vanagloriaba de ser un excelente catador de vinos. Aunque, realmente, el verdadero talento de los catadores parece haber sido negado a la casi totalidad de los italianos. No era éste el caso de Fortunato, cuyo entusiasmo por los vinos añejos era sincero pese a que, en pintura y piedras preciosas fuese un verdadero charlatán, como todos sus compatriotas. Tampoco yo era desconocedor de la excelencia de los vinos italianos, y cuando se me presentaba la ocasión los compraba en gran cantidad.

Encontré al que en otro tiempo había sido mi amigo en plena euforia del Carnaval. Estaba anocheciendo. Con toda evidencia había bebido mucho, a juzgar por la desbordante cordialidad con que me acogió. El pobre infeliz se había disfrazado de payaso. Su traje, muy ceñido, era un vestido con listas de colores, y se tocaba la cabeza con un ridículo sombrerillo cónico adornado con multitud de cascabeles. Nunca, como en aquel momento, me alegré tanto de estrechar su mano.

—¡Mi muy querido Fortunato! —le dije—. Le encuentro a usted muy a propósito. Tiene un aspecto excelente. Me alegro mucho de verle, porque precisamente hoy he recibido un barril que me aseguran es de amontillado, pero no las tengo todas conmigo.

—¡Un barril de amontillado! —dijo él—. ¡Y en pleno Carnaval! ¡No es posible!

—Precisamente por eso tengo mis dudas —contesté—. Y, naturalmente, quería consultarle antes de pagarlo.

—¡Amontillado!

—Lo dudo mucho.

—¡Amontillado!

—Y tengo que pagarlo.

—¡Amontillado!

—Pero imaginé que iba a estar usted muy ocupado, y por eso iba a buscar a Luchesi. Es un gran conocedor. Y sin duda, él me dirá...

—Luchesi es un incapaz. Sus narices no están preparadas para distinguir un amontillado de un jerez.

—Y sin embargo, hay muchos imbéciles que creen que su paladar puede competir con el de usted...

—¡Vamos, vamos ahora mismo!

—¿Adónde?

—A sus bodegas, naturalmente.

—Mi querido amigo, temo abusar de su amabilidad y no quisiera hacerlo por nada del mundo. Imagino que tiene usted algún compromiso. Luchesi...

—No tengo ningún compromiso. ¡Vamos!

—No, no. Aunque no tenga ningún compromiso, veo que tiene usted mucho frío. Mis bodegas son terriblemente húmedas. Están materialmente cubiertas de salitre.

—¡Vamos a pesar de todo! El frío no importa nada. ¡Nada menos que amontillado! Sospecho que le han engañado a usted. Luchesi le seguiría engañando, porque es incapaz de distinguir el jerez del amontillado.

Se cogió a mi brazo con cierta vehemencia. Me puse un antifaz de seda negra y arrebujándome bien en mi capote me dejé conducir por Fortunato hasta mi palacio.

Mi casa estaba vacía, ya que los criados habían escapado para participar en el jolgorio del Carnaval. Antes les había advertido, de todas formas, que no regresasen hasta la mañana siguiente, orden más que suficiente, como yo sabía de sobra, para asegurarme su inmediata desaparición nada más les volviera yo la espalda.

Arranqué dos velas de sus candelabros, entregué una de ellas a Fortunato y le guié, haciéndole encorvarse a través de distintos aposentos, por el pasadizo abovedado que llegaba hasta la bodega. Bajé delante de él, abriéndole paso, a través de una larga y tortuosa escalera, encomendándole que adoptara precauciones al seguirme. Por fin llegamos a los últimos peldaños y nos encontramos, frente a frente, sobre el húmedo suelo de las catacumbas de los Montresors.

Vacilaba mi amigo al andar, y a cada una de sus zancadas resonaban los cascabeles de su gorro ridículo.

—¿Y el barril? —preguntó.

—Está un poco más allá —le contesté—. Pero aquí tiene usted esos blancos festones de telaraña que brillan en las paredes.

Al volverse hacia mí me miró con unas pupilas nubladas que continuamente destilaban las lágrimas de la borrachera.

—¿Salitre? —me preguntó por fin.

—Salitre, sí —le respondí—. ¿Tiene usted esa tos hace mucho tiempo?

—Ejem, ejem, ejem...

Le fue imposible contestar a mi pobre amigo hasta pasados unos minutos.

—No es nada, no es nada —dijo al fin.

—Volvámonos —repuse con energía—. Mi querido amigo, su salud es demasiado preciosa para mí. Es usted rico, respetado, admirado, querido. Es usted feliz, como yo lo he sido en otro tiempo. Tiene usted el deber de cuidarse. Hemos de regresar, pues si se enfermase me sentiría abrumadoramente responsable. Por otra parte, Luchesi vive muy cerca de aquí.

—Olvídese de mi tos —me contestó—, no tiene importancia alguna. Pierda cuidado, que no me matará. De tos no moriré.

—Cierto, cierto —le contesté—. No era mi intención, en realidad, alarmarle sin motivo. Pero debemos tomar precauciones. Un trago de ese exquisito Medoc nos defenderá de la humedad sobradamente.

Y al decir esto, rompí el cuello de una botella que se encontraba en una larga fila de otras análogas, tumbadas en el húmedo suelo.

—Beba —le dije ofreciéndole el vino.

Mirándome de soslayo se llevó la botella a los labios. Hizo una pausa y me saludó con suma familiaridad. Al hacerlo, el soniquete idiota de sus cascabeles resonó largamente en la profundidad de la cueva.

—Bebo —dijo— a la salud de los enterrados que descansan a nuestro alrededor.

—Y yo, porque los dioses le concedan una larga vida.

Se cogió de nuevo a mi brazo y continuamos nuestro camino.

—Estas cuevas —me dijo— son muy grandes.

—Los Montresors —le contesté— constituían una familia tan grande como numerosa.

—No recuerdo cuáles son sus armas.

—En el escudo está grabado un gran pie de oro en campo de azur. El pie aplasta a una serpiente rampante cuyos dientes se clavan en el talón.

—¿Y cuál es su divisa?

—«Nemo me impune lacessit» («Nadie me ofende impunemente»).

—¡Magnífico!

Retiñían los cascabeles de su cabeza, y el vino brillaba en sus ojos. A causa del Medoc también se caldeó mi fantasía. Llegamos a los recintos más profundos de las catacumbas atravesando murallas formadas por montones de esqueletos entre los que se mezclaban toneles y barriles. De nuevo me detuve, y esta vez me atreví a coger a Fortunato de un brazo, más arriba del codo.

—El salitre —le dije—. Observe cómo va en aumento. Cuelga de las bóvedas como si fuera musgo. Ahora nos encontramos bajo el lecho del río. Comprobará que las gotas de humedad se filtran por entre los huesos. Insisto en que debemos regresar antes de que sea muy tarde. Esa tos...

—No es nada —dijo—. Continuemos. Pero echemos antes otro traguito de Medoc.

Rompí un frasco de vino de De Grave y se lo ofrecí. Lo vació de un solo trago y sus ojos llamearon con un fuego ardiente. Luego se echó a reír y tiró la botella al aire con un ademán que me resultó incomprensible, así que le miré sorprendido. El repitió su grotesco movimiento, y «¿No comprende usted?» —preguntó.

—La verdad es que no —le contesté.

—Entonces, ¿no es usted de la hermandad?

—¿Cómo?

—¿No pertenecía usted a la Masonería?

Le repliqué que así era, en efecto.

—¿Usted un masón? ¡Imposible!

—Pues lo soy.

—Muéstreme un signo, entonces.

—¡Este! —le contesté, al tiempo que sacaba de mi capa una paleta de albañil.

—Está usted bromeando —exclamó, y retrocedió unos pasos—. Pero, en fin, vamos por el amontillado.

Guardé la herramienta bajo la capa y le ofrecí de nuevo mi brazo. Se apoyó pesadamente en él y seguimos nuestro camino en busca del amontillado.

Atravesamos una serie de bóvedas bajísimas, avanzamos, seguimos bajando y bajando hasta llegar a una profunda cripta donde la impureza del aire hacía que las velas dieran una luz particularmente rojiza. Otra cripta menos espaciosa se abría en lo más apartado de la anterior. Habían sido alineados en sus paredes restos humanos de los que se amontonaban en la cueva por encima de nosotros, tal y como ocurre en las catacumbas de París. Del mismo modo estaban adornados tres lados de aquella cripta interior. Los huesos habían sido retirados del cuarto lado y yacían esparcidos por el suelo, formando un montón de cierta altura en uno de los rincones.

El desprendimiento de los huesos había dejado al descubierto otra cripta aún más reducida dentro de la pared. Tendría unos cuatro pies de profundidad y tres de anchura, y una altura de seis o siete. Su construcción no parecía obedecer a un uso determinado, sino que formaba sencillamente un hueco entre dos de los enormes pilares que servían de apoyo a la bóveda de las catacumbas, y se apoyaba en una de las paredes de granito macizo que la circundaban.

La debilitada y rojiza luz que portábamos nos impedía distinguir el fondo, y en vano trataba Fortunato

de penetrar la profundidad de aquel recinto levantando su vela casi consumida.

—¡Adelántese —le dije—, porque el amontillado está aquí! Si también estuviera aquí Luchesi...

—Luchesi es un ignorante —dijo mi amigo abruptamente, al tiempo que avanzaba con paso inseguro, inmediatamente seguido por mí.

Llegó al fondo del nicho en un momento, y al hallar interrumpido su paso por la roca se detuvo perplejo y atónito. Inmediatamente conseguí encadenarlo al garito. Había en su superficie dos argollas de hierro, separadas horizontalmente una de otra por unos dos pies de distancia. Rodeé su cintura con los eslabones para sujetarlo en pocos segundos. Se encontraba demasiado borracho y aturdido para ofrecerme la menor resistencia. Saqué la llave y retrocedí, saliendo fuera de aquel oscuro recinto.

—Si tiene la amabilidad de pasar la mano por la pared —le dije con sorna— no dejará de sentir la presencia del salitre. Está muy húmeda, en efecto. Permítame que le ruegue se vuelva atrás. ¿No viene? En ese caso, no me queda más remedio que abandonarle. Pero antes debo prestarle algunos cuidados que estén en mi mano hacer.

—¡El amontillado! —exclamó mi amigo, todavía sin volver de su asombro.

—Cierto —repliqué—, el amontillado.

Y al decir esto, me atareé en aquel montón de huesos a que antes he aludido. Los aparté a un lado y no tardé en dejar al descubierto una cierta cantidad de mortero y piedra de construcción. Con estos materiales y la ayuda de mi paleta empecé activamente a tapar la entrada del nicho.

Y percibí entonces un grito que no era ya el de un hombre embriagado. Luego se produjo un largo y obstinado silencio. Encima de la primera hilada coloqué la segunda, la tercera y la cuarta. Oí entonces las furiosas sacudidas de la cadena. Se prolongó el ruido durante unos minutos y, para deleitarme con él, interrumpí mi tarea y me senté en cuclillas sobre los hue-

sos. Cuando se apaciguó el rechinamiento de las cadenas proseguí sin interrupción para acabar la quinta, sexta y séptima hiladas. La pared estaba entonces levantada a la altura de mi pecho. Me detuve nuevamente, levanté la vela de nuevo por encima de la obra que había ejecutado, y dirigí la luz sobre la figura que se hallaba en su interior.

De la garganta del hombre encadenado salió de repente una serie de agudos y fuertes gritos, tratando con ellos de rechazarme con violencia. Vacilé un momento y me estremecí, pero saqué mi espada y empecé a tirar estocadas por el interior del nicho. Bastó para tranquilizarme, sin embargo, un momento de reflexión. Al poner la mano sobre la maciza pared de la cueva, respiré satisfecho. Volví a acercarme entonces a la pared y contesté a los gritos de quien clamaba. Los repetí, los acompañé y vencí en extensión y en fuerza, de tal modo que quien gritaba acabó por callarse.

Era ya medianoche y mi trabajo llegaba a su término, tras concluir la octava, novena y décima hiladas. Habiendo terminado casi del todo la oncena, me quedaba sólamente una piedra que colocar y revocar. Pero tenía que pelear con su peso, ya que sólo parcialmente se colocaba en la posición necesaria.

Entonces salió del nicho una risa ahogada que me puso los pelos de punta. La voz que la emitía era tan triste que difícilmente la identifiqué con la del noble Fortunato. Se expresaba en los siguientes términos:

—¡Ja, ja, ja...! Muy buena broma, amigo mío, una broma excelente... Nos reiremos muchísimo luego, en el palacio... ¡Ja, ja...! A propósito de nuestro vino...

—El amontillado —dije—.

—¡Je, je, je...! Sí, el amontillado... Pero, ¿no se nos está haciendo ya un poco tarde? Seguramente estarán esperándonos en el palacio Lady Fortunato y los demás... Deberíamos irnos ya.

—Si —dije—, vámonos ya.

—¡¡Por el amor de Dios, Montresors!!

—Sí —repetí—, por el amor de Dios.

Pero aquellas últimas palabras mías no obtuvieron respuesta. En vano me esforcé por conseguir alguna. Lo que me produjo cierta impaciencia, y entonces llamé en voz alta:

—¡Fortunato!

Como tampoco recibí respuesta, volví a llamar:

—¡Fortunato!

Tampoco me contestaron esta vez. Por el orificio que quedaba sin taponar introduje una vela y la dejé caer en el interior. Sólo me contestó un cascabeleo. Sentí una presión en el corazón, sin duda causada por la humedad de las catacumbas. Decidí apresurarme y terminé mi trabajo. Con grandes esfuerzos conseguí colocar en su sitio la última piedra y la cubrí con argamasa. Luego levanté nuevamente la vieja muralla de huesos contra la nueva pared. Nadie los ha tocado durante medio siglo. Descanse en paz.

La muerte es dulce como la miel

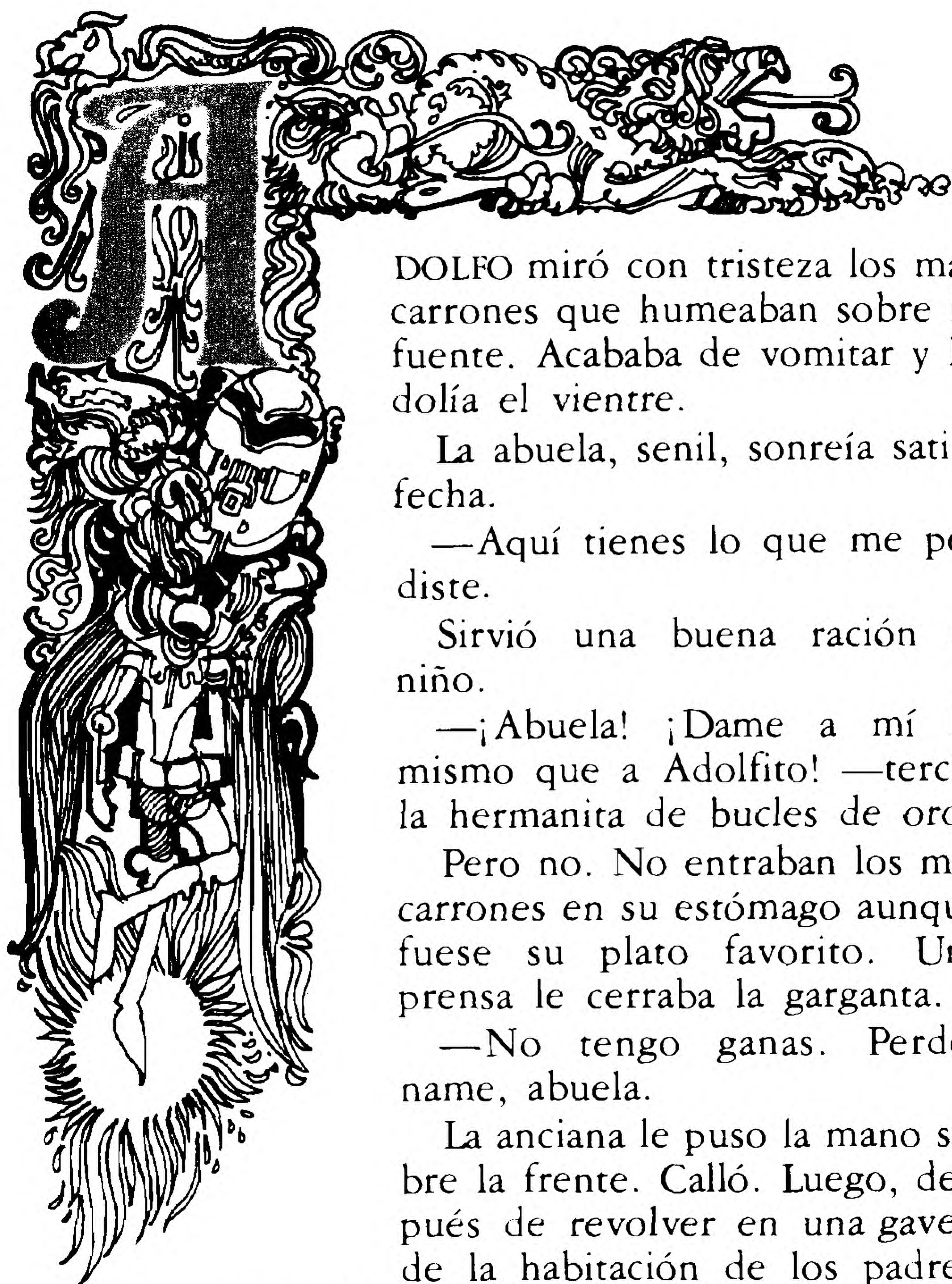



©B

La muerte es dulce como la miel

Alfonso Alvarez Villar

No llegó a ver la cara de la dama enlutada que le había visitado siendo niño. Sin embargo, presentía que se trataba de un rostro más triste que la misma tristeza, un agujero en el Cosmos.



DOLFO miró con tristeza los macarrones que humeaban sobre la fuente. Acababa de vomitar y le dolía el vientre.

La abuela, senil, sonreía satisfecha.

—Aquí tienes lo que me pediste.

Sirvió una buena ración al niño.

—¡Abuela! ¡Dame a mí lo mismo que a Adolfito! —terció la hermanita de bucles de oro.

Pero no. No entraban los macarrones en su estómago aunque fuese su plato favorito. Una prensa le cerraba la garganta.

—No tengo ganas. Perdóname, abuela.

La anciana le puso la mano sobre la frente. Calló. Luego, después de revolver en una gaveta de la habitación de los padres, sacó un tubito de cristal con el termómetro.

Adolfo sintió la fría columna de mercurio escalar como un alpinista y su risa de plata quebrada zumbar en el pequeño ataúd de vidrio.

—Tienes fiebre. ¡Anda! ¡A la cama!

Adolfo oía como en sordina el chasquido del dial del teléfono, los pasos de la criada y de la abuela. Y

en la penumbra de la habitación brillaba, de vez en cuando, el vestido blanco de la hermana que se acercaba de puntillas al lecho.

—¿Te duele? —le oyó decir.

Después llegaron, precipitadamente, los padres, metiendo bulla como siempre. Olía ya la casa a perfume francés de la madre.

—No es nada. Ya sabes que a los niños cualquier cosa les da fiebre —oyó decir al padre, subiendo la escalera.

Se abrió la puerta y fulgieron como cocuyos los brillantes de la madre de Adolfo, que se abrazó a su hijo.

—¡Dios mío! ¡Este hijo siempre está enfermo!

El padre acarició los rizos del pequeño.

—¡No es nada muchacho! ¡Dentro de un mes a la playa!

Media hora después, llegó el médico. Daba escalofríos su fonendoscopio. Le hizo sacar la lengua, le miró la garganta con una espátula y le exploró los reflejos.

—¡Te pondrás bueno! —y le dio una palmadita en la espalda.

Oyó cuchicheando la palabra «salmonelosis» y el niño protestó tácitamente pensando que no había comido salmón.

Aquella noche la diarrea y los vómitos se repitieron frecuentemente. La presencia del practicante se hacía insoportable.

Luego, se adormeció. Y empezaron las pesadillas.

Soñaba que estaba condenado a viajar durante toda la eternidad en línea recta. Abrió los ojos y vio en una de las paredes de la habitación una línea luminosa de una rectitud terriblemente exacta. Era la carretera que había de recorrer. De vez en cuando, se oía un chasquido y la recta se quebraba, pero, al cabo de una fracción de segundo, se enderezaba y la trayectoria volvía a ser espantosamente monótona.

Un pujo abdominal rompió la pesadilla. Acudió la

madre y le alargó un vaso de agua con un líquido dentro, que sabía muy mal.

Volvió a reír la columna de mercurio del termómetro. Oyó un cuchicheo «Dios mío! ¡Si pasa de los cuarenta grados!»

Perdió el conocimiento. Percibía únicamente el traqueteo de un coche y el ulular, intensísimo, de la sirena. Poco después, sintió los pinchazos en el brazo y su vista quedó empapada por una claridad azulosa que salía del techo.

Pequeñas burbujas estallaban en un frasco de cristal, por encima de su cabeza. Volvió a sentir el frío del fonendo y un rumor de voces, llantos de niños por doquier y un ruido como de sombras que se escurrían por los pasillos furtivamente.

Abrió plenamente los ojos. Se sentía mejor. Una tranquilidad dorada envolvía como una pecera su cerebro infantil.

—Estoy muerto —pensó.

Y al ocurrírsele esa frase, percibió sentada en los pies de la cama una mujer vestida de negro, que le daba la espalda.

Sentía los ojos de la mujer clavados en él aunque estuviese vuelta. Era una sensación rarísima que Adolfo dejaba flotar en una nube de vivencias y corazonadas.

Tuvo un escalofrío: presentía la cara de aquella mujer. Una cara sin rasgos, una cara todavía más triste que la misma tristeza, un agujero en el Cosmos.

La mujer del traje oscuro le hablaba. Pero a su mente.

—Te voy a llevar a un lugar bonito, en donde hay muchos juguetes.

—No, no quiero ir contigo. Estoy muy a gusto con mis papás.

—Te llevaré quieras o no. Mira a tu hermanito muerto, él te acompañará.

Giró la cabeza hacia la derecha. Allí se erguía inmóvil un niño mayor que él. Un aura glacial le ro-

deaba. Sus facciones eran blancas como el mármol. Y había en sus ojos como un terror lejano.

—Soy tu hermano, el que murió cuando apenas había nacido.

Y lo curioso es que sus labios no se movían, ni sus párpados se cerraban una sola vez.

Adolfo bajó de la cama. O mejor dicho, una parte de él se desprendió. Era como una mariposa que brotara de su capullo. Allá abajo quedaba un cuerpo atravesado por agujas hipodérmicas y que respiraba fatigosamente.

El niño de tez blanquísima le cogió de la mano. Su contacto dolía como el de una barra de hielo.

Delante de ellos surgía como un remolino de mar visto de plano. Sus aguas eran la boca de un pulpo, los sépalos de una planta carnívora, la rueda giratoria de una feria.

—Tírate conmigo. No tengas miedo.

—¡No! ¡No!

Oyó un grito agudísimo y miró hacia atrás: Vio a su cuerpo, a su otro cuerpo, que se aferraba desesperadamente a las sábanas.

Ahora sentía sus dedos agarrotados, prendidos como en una escarpia, en aquellas piezas de tela que eran su única esperanza contra el Gran Abismo.

Un médico acudió rápidamente en compañía de una enfermera y le inyectaron un líquido que hizo que su corazón se disparara al galope.

Quedó de nuevo transido. Pero sin pesadillas. Tres días después le daban el alta.

* * *

Adolfo era ya un joven recién ingresado en la Facultad de Derecho. Recordaba, con un cierto escalofrío, aquella experiencia infantil que le había transformado en una persona solitaria y reflexiva.

—¿Quién era aquella mujer de negro? —se había preguntado con frecuencia.

Un día consiguió los álbumes de los familiares del padre y de la madre. Ninguna de las tías, abuelas o

bisabuelas, en fotos ya amarillentas, en daguerrotipos casi arruinados, se parecía a aquella mujer de luto.

—Visita a madame Lyotard. Es una medium excelente —le aconsejó su hermana Luisa.

Fue recibido, diez días después en compañía de Luisa.

Subieron por una húmeda escalera que arrancaba de un desconchado portal del Madrid de los Austrias. Olía a orín de gato y a fritangas.

Les abrió una viejecita de gruesos anteojos. Descorrió una cortina de terciopelo ajado y les condujo a un enorme salón cargado de tapices y a medio iluminar por una gigantesca araña en la que lucía una única bombilla eléctrica.

Los tapices eran rojos como llamas. Reptaban en ellos ofidios de amenazadoras facciones que se enfrentaban con falanges de animales mitológicos.

Se abrió una puertecilla y apareció una señora alta de pelo rubio teñido y vestida con una túnica azul turquesa.

—¿Madame Lyotard?

—Sí. Pasen.

El gabinete era, también, enorme. Se veía en el fondo una cama con dosel, *puffs* y cojines a la manera morisca o persa, sofás algo desvencijados y arquetas antiguas recamadas en marfil o en madreperla.

Sobre un velador descansaba una bola de cristal.

—Tomen asiento, por favor.

Se sentaron en torno al velador con los ojos hipnotizados por la claridad lechosa de la bola.

La medium se concentraba. Se habían apagado las luces. Sólo aquella claridad trazaba perfiles infernales sobre los muebles de la estancia. Los rasgos de madame Lyotard parecían rígidos cordones o alambres tensos.

—¡Espíritu de la Nada! ¡Dinos quién eres! —se oía repetir a la medium monótonamente como el rezo colectivo de un santuario budista.

Pasaba el tiempo como un río. Un sopor de láudano comenzaba a cerrar los ojos de Adolfo y de su hermana.

De repente, sintieron la Fuerza que subía desde el suelo por las patas del velador y hacía vibrar la madera.

La *bola* lucía con una intensa claridad anaranjada. Una niebla espesa fluía de ella, cubriendo el tablero y derramándose hacia abajo.

Habló la medium con voz gangosa. Era como si un licor gangoso se arrastrase por su tráquea.

—¡Mortal inoportuno! ¡Te escapaste una vez pero yo volveré a atraparte!

—¿Quién eres? —Era ahora la voz auténtica de madame Lyotard con su acento francés, la que se oía, aunque sus labios apenas se movieran. Todas sus facciones revelaban un gran esfuerzo, una agonía espantosa.

—Mis restos yacen en el panteón de la familia del padre de él. Y en ese mismo pueblo está mi retrato... Y, ahora, déjame en libertad.

Sintieron un estremecimiento. Los muebles parecieron tiritar y todas las luces del gabinete se encendieron de golpe Madame Lyotard parecía muerta.

—Está reposando del trance —había entrado la viejecita de los anteojos—. ¿Adónde les paso a ustedes la nota?

* * *

La tarde norteña se mojaba de *orbayu.* Gruesas lágrimas caían de los ojos de los ángeles de mármol o de caliza.

Chirrió la puerta del panteón familiar. Una corona de vizconde sobre un león rampante en campo de gules dejó escapar una lluvia de arena.

Ardía una lámpara de aceite en el altar.

—¿Podemos bajar a la cripta? —preguntó al guardían del cementerio.

Este se encogió de hombros y tirando de una argolla dejó al descubierto una escalerilla que conducía al subterráneo.

Bajaron iluminándose con la linterna del guardián.

La cripta era muy pequeña. Consistía sólo en una estrecha estancia de apenas dos por cuatro metros.

Leyeron los epitafios. Todos llevaban fechas del siglo XX o de la segunda mitad del XIX.

—No, no está aquí lo que busco.

—Quizá esté debajo. Mi abuelo que era enterrador como yo, me decía que este panteón había sido construido sobre otro más antiguo, también de la familia de ustedes.

—Bueno, volvamos arriba. No tengo autorización ni dinero para hacer arqueología.

Salieron a la tarde plomiza. Los castaños, lloraban también, fuera de los muros del cementerio. Allí le aguardaba su amigo Julián tras el volante del automóvil.

—¿Encontraste lo que buscabas?

—No. Debe hallarse debajo. Ya te lo dije: Según lo que yo recuerdo de los detalles del traje debe ser la primera vizcondesa de Ribas, que murió el año 1814. Iremos a la casa solariega a ver si encontramos su retrato.

El auto jadeó en una cuesta cubierta de pedruscos y alfombrada de lodo. Cacareaban las gallinas y mugían las vacas, a derecha e izquierda. Los manzanos abofeteaban con sus ramas los costados del vehículo. Julián metió la primera marcha y así llegaron a una explanada sobre la que se erguía un caserón antiguo.

El edificio era de piedra labrada berroqueña. Se distinguían, bajo el balcón, las armas del fundador de la casa. Se abrió el portón de madera y apareció un anciano con unas llaves en la mano. Se dirigió a la pareja de amigos.

—Hagan ustedes lo que quieran pero aquí van a pasar muy mala noche. Mejor sería que fueran al hotel.

Les condujo a la habitación principal en donde los guardeses habían instalado provisionalmente dos camastros. El suelo del vestíbulo estaba lleno de excrementos de gallinas. La escalera principal conservaba algo de la pintura de los buenos tiempos.

—¿Queda algún cuadro en alguna parte de la casa?

—No —el viejo se inmovilizó sorprendido—. Ya sabe usted que se han repartido desde que esta casa está deshabitada.

—Creo que la medium te ha tomado el pelo —le musitó a Adolfo su amigo Julián.

—No. Estoy plenamente convencido de que todo fue real.

—Bien. De todas maneras, esta aventura me agrada. Siempre he soñado con pasar la noche en una casa de fantasmas.

El agua seguía deslizándose como en una ducha por los cristales. Luego el *orbayu* se detuvo y salió un gajo de luna de detrás de una nube. Se fueron encendiendo las luciérnagas de los campos y de los cielos, enviándose extraños mensajes siderales. Las gallinas se acurrucaban dormidas.

Adolfo apagó la lámpara de butano y en ese instante, una claridad azul se coló de rondón en el cuarto haciendo más desnudas sus desnudeces y revelando en las paredes las sombras de los cuadros ausentes.

Adolfo salió al balcón... Se sacudían sus cabelleras de las gotas de lluvia los castaños y las hayas, los manzanos y las higueras. Allá a lo lejos se percibía una débil cinta como de fósforo. Era el mar.

Muy cerca se oía deslizarse un arroyo. Olía a helechos, a maizal maduro, a manzanas fermentadas, a bosta de vaca.

«Aquí murió y vivió María Encarna, la primera vizcondesa de Ribas. Desde este mismo balcón veía todas las noches el mismo paisaje, la misma banda brillante del mar, con barruntos de navíos de vela en el horizonte», meditaba Adolfo.

Y se estremeció. Una garra de nieve le estaba atenazando el corazón. ¿Sería posible que se estuviese enamorando de una mujer que había muerto hacía casi dos siglos?

Miró hacia la alcoba en donde ya se escuchaban los primeros ronquidos de Julián, y vio mentalmente a

María Encarna, bordando pañuelos en un bastidor de madera de cerezo.

Un joven oficial francés la contemplaba arrobado.

Hablaba, no de las victorias de Napoleón, sino de lo mucho que la quería. Su idioma francés se derretía en un azucarillo de ternura y de sexualidad.

Ella rompía a llorar.

—Pero mi marido vendrá a reunirse conmigo cuando salgan los primeros rayos de la aurora.

Luego, Adolfo la veía tendida sobre el lecho conyugal. Una daga con empuñadura de plata brillaba sobre su pecho inmóvil.

Salió de su letargo. Ya sólo quedaban atrás las sombras de la noche. Y sobre la piel el frescor húmedo de la ría del Sella.

Cayó profundamente dormido, sin reparar en las incomodidades del jergón.

Le despertó el ruido de unos pasos en el piso de arriba.

Golpeó el brazo de Julián que pegó un brinco.

—¿No oyes pasos encima de nosotros? —le cuchicheó, tanteando al mechero de gas.

—¡Carajo! ¡Ya tenemos aquí a los fantasmas! —exclamó Julián, cuando la lámpara de butano hacía resplandecer las paredes.

Los golpes tenían que proceder, necesariamente, de unos pies calzados con zapatos de tacón alto.

—¡Será el cabrón del guardés que ha mandado a su hija para asustarnos y que nos larguemos al hotel! —comentó Julián.

—Vamos a saberlo dentro de poco.

Cogieron la linterna. Julián empuñó, además, un *Magnus* que pertenecía a su padre. Se adelantó a Adolfo.

La escalera que conducía a las alcobas de arriba y al desván se hallaban en muy malas condiciones, como todo el edificio. Gemían los tablones, bailaban los pasamanos.

Se oyó un alarido y seis disparos que sonaron como cañonazos.

Julián pasó al lado de Adolfo como una exhalación, tropezando en la barandilla como un beodo. Gritaba:

—¡Un cadáver! ¡Un cadáver que anda!

Trastabilló en el último peldaño y en la puerta principal que abrió de una patada. Se seguían oyendo sus alaridos en la noche azulada.

Los pasos misteriosos prosiguieron, tras unos segundos de silencio, en el rellano de la escalera. Adolfo apretó la linterna y el haz dorado incidió sobre una puerta que se abría lentamente dejando escapar un vaho de hojas secas.

Pasó la puerta. La linterna dio vida a una estancia completamente desnuda de muebles. La luz de la luna se filtraba por un desgarrón de la pared.

Sobre el suelo se destacaba un bulto negro. Adolfo lo enfocó: era el cadáver de un húsar francés de la época de Waterloo. De su corazón brotaba un chorro de alquitrán.

Dio un paso con una pierna que parecía paralizada por el terror. Y entonces se precipitó todo.

Las tablas del suelo se rompieron con un alucinante crujido. Y él se sintió catapultado hacia el vacío. Caía, sabe Dios hacia dónde.

Sintió un terrible mordisco en el vientre. Flotaba en torno de él una oscuridad que se iba transformando en una luz cegadora.

Miró hacia abajo y gimió: un tridente de madera, de los que usan los campesinos, se había clavado en sus entrañas. Goteaba la sangre entre las asas de los intestinos al descubierto.

Un trozo de pared, sacudida por el impacto, se estaba descascarillando detrás de él. Salía a la luz un óleo hasta entonces oculto: el del retrato de María Encarna que vestía un traje negro, de talle alto y muy generosamente escotado, al estilo de los últimos años del siglo XVIII y principios del XIX.

Sus labios sonreían maliciosos. Sus ojos negros eran profundos como el Amor y la Lujuria.

Ahora, no era su retrato sino la misma María Encarna la que acariciaba las mejillas del moribundo.

—Algún día tendrías que ser mío. ¿A que ahora no sientes miedo?...

Y no. Adolfo no sentía ya terror. La vida era para él solo una agonía.

Unos minutos después encontraron en las caballerizas su cuerpo ensartado. Sus labios se apretaban a los de una mujer retratada en un lienzo.

—Ambos parecen muy felices —comentó Julián a sus acompañantes.

La esfera de poder

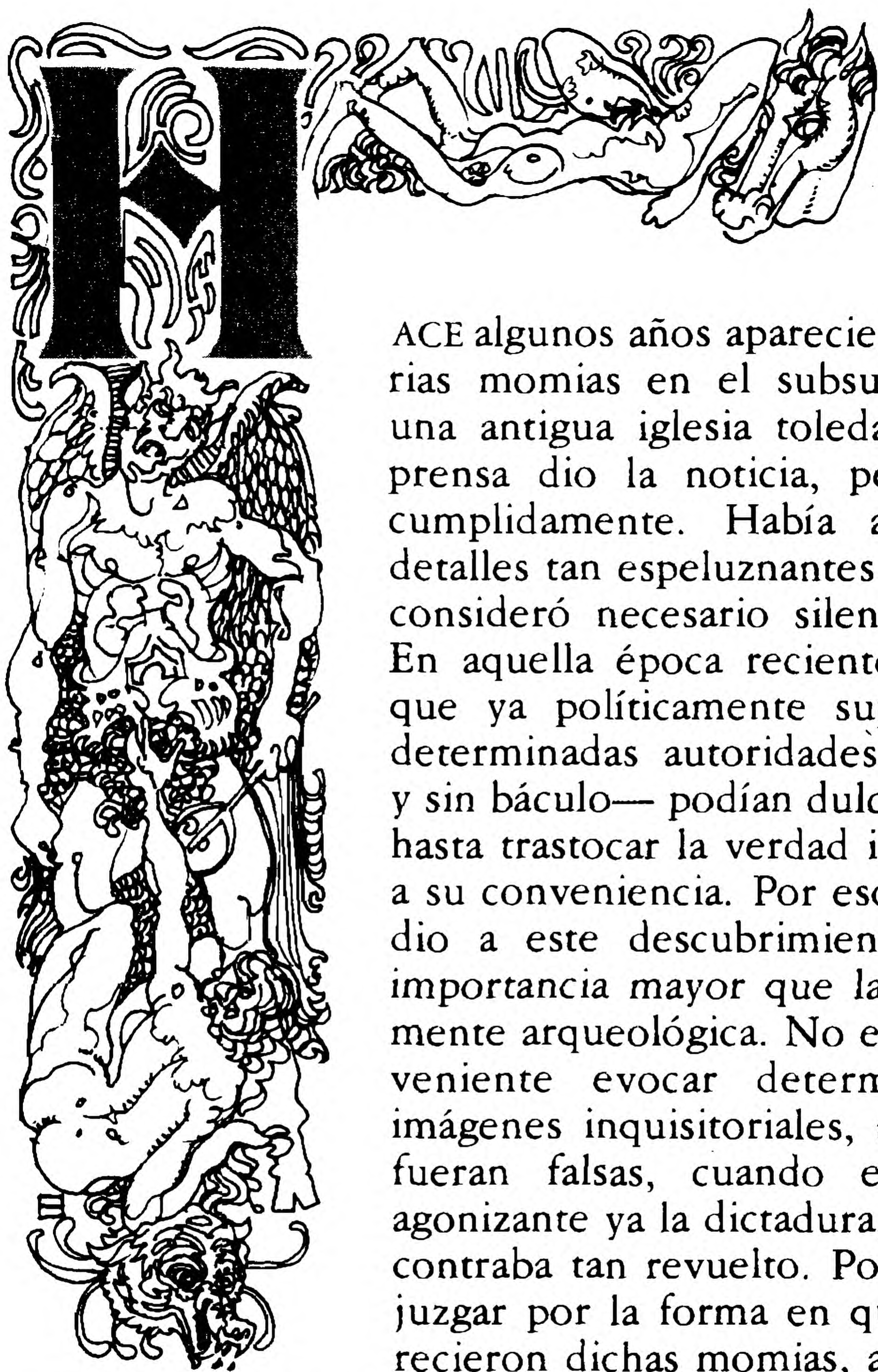




La esfera de poder

José León Cano

Bajo nuestros pies se esconden misterios pavorosos. A veces, la excavación sistemática del arqueólogo o la simple casualidad hacen que esos misterios afloren nuevamente a la superficie, para desgracia de quienes tuvieron el horrible privilegio de encontrarlos.



ACE algunos años aparecieron varias momias en el subsuelo de una antigua iglesia toledana. La prensa dio la noticia, pero no cumplidamente. Había algunos detalles tan espeluznantes que se consideró necesario silenciarlos. En aquella época reciente, aunque ya políticamente superada, determinadas autoridades —con y sin báculo— podían dulcificar y hasta trastocar la verdad impresa a su conveniencia. Por eso no se dio a este descubrimiento una importancia mayor que la meramente arqueológica. No era conveniente evocar determinadas imágenes inquisitoriales, aunque fueran falsas, cuando el país, agonizante ya la dictadura, se encontraba tan revuelto. Porque, a juzgar por la forma en que aparecieron dichas momias, aquellas personas habían sido enterradas vivas».

Mi interlocutor hablaba con voz pausada, grave, mientras dábamos buena cuenta de un excelente rioja. El dulce crepúsculo toledano se infiltraba por los cristales de su viejo palacio, armonizado por las fragancias del pequeño jardín que lo rodeaba, y tan grato ambiente hacía más soportables las truculencias de su relato. Le había conocido esa misma tarde,

mientras admiraba por enésima vez cierto Greco del Palacio de Santa Cruz. Nuestra común afición al arte y a los buenos caldos hizo que congeniáramos rápidamente, y no tardamos en «recorrer las estaciones» de la mejor forma que puede hacerse en Toledo: alternando la visita a iglesias y museos con la no menos provechosa de las tabernas. No diré el nombre de mi anfitrión, pero sí que la sencilla elegancia de su porte y la corrección de sus maneras testimoniaban la hidalga ascendencia de su apellido. Tendría alrededor de cincuenta años, vivía solo y sentía enormes deseos de relatar una historia a alguien que fuera capaz de comprenderla. La afinidad de nuestros caracteres, o tal vez la exaltación producida por el vino, le movió a confiarme el secreto que tanto le había atormentado en los últimos años de su vida.

«El párroco —prosiguió su relato con ojos chispeantes, tras remojarse el gaznate a satisfacción— decidió renovar las baldosas del pavimento de la iglesia. Uno de los obreros advirtió que cerca del ábside el suelo retumbaba de una forma particularmente alarmante. Al dar unos golpes se produjo un desprendimiento y apareció una cámara subterránea, de unos tres metros de profundidad. Mi condición de experto en arte y mi amistad con el párroco me permitieron ser uno de los primeros en bajar a la cripta. Cuando mis pies tocaron el suelo y dirigí a mi alrededor la luz de mi linterna, se me ofreció un espectáculo que no podré olvidar jamás. Treinta y dos cuerpos momificados de hombres, mujeres y niños, parecían haber estado esperándome durante siglos para comunicarme su mensaje de horror».

«No me asusta el espectáculo de la muerte. He visto morir uno a uno a casi todos mis familiares, y sé que el tránsito es algo doloroso, pero natural. Lo insoportable, sin embargo, es comprender que la muerte se ha producido en unas circunstancias de angustia suprema, amplificadas hasta el delirio por el hecho de ser una muerte colectiva. Y las inequívocas señales de esa angustia se conservaban vívidamente

en la cripta, a pesar de que la tragedia debió ocurrir hace cientos, tal vez más de mil años. Como usted sabe, Toledo es una superposición de ciudades antiguas, y bajo los cimientos de los actuales edificios pueden aparecer vestigios de culturas olvidadas... La tragedia, como le digo, debió de ocurrir hace mucho tiempo, sin duda antes de que se edificase la vieja iglesia, pero sus señales eran tan indelebles, tan espeluznantes, que el tiempo parecía haber transcurrido en vano».

«El polvo acumulado sobre aquellos cuerpos retorcidos paliaba apenas la pavorosa impresión que producían esas mandíbulas abiertas, anhelantes, que parecían gritar todavía una suprema desesperación. Era tal el desorden de los restos, el macabro revoltijo de aquellos girones de carne apergaminada, que la enrarecida atmósfera parecía vibrar todavía con la desesperanza de los últimos estertores... No me fue difícil imaginar lo que había sucedido. Introducidos a empujones en aquella trampa mortal, vieron cómo sobre sus cabezas se cerraba para siempre la inaccesible losa, privándoseles con ello de la luz y del aire. Supongo que morirían asfixiados a las pocas horas de la que, sin duda, fue una de las agonías más espantosas que puedan sufrirse. Mientras mi lámpara recorría aquellos execrables vestigios, el horror que emanaba de ellos me puso los pelos de punta, creándome una angustia difícilmente soportable. Así que decidí escapar de allí cuanto antes. Y ya me disponía a hacerlo cuando mis ojos tropezaron con algo verdaderamente insólito en el fondo de aquella dantesca cámara».

«Lo que excitó mi curiosidad fue la visión de una momia que, al contrario que las demás, había adoptado en la hora suprema una actitud de calma. Estaba sentada con las piernas cruzadas, a lo sastre, y tenía la espalda erecta, apoyada en la pared. Pertenecía sin duda a un hombre de mediana edad cuyos rasgos, pese al horrible gesto de la mandíbula caída, común a todos los cadáveres, denotaban una evidente serenidad. El contraste con el resto de los cuerpos (en los

que había hecho presa la desesperación) era tan extraordinario que no cabía pensar sino que aquel hombre había aceptado la muerte con tranquilidad, y me atrevería a decir que casi con complacencia. Era, además, uno de los cuerpos que se encontraban en mejor estado, ya que conservaba intactas las uñas y una buena parte del cuero cabelludo. Sujetaba con ambas manos, como protegiéndolo sobre el hundido vientre, un cofre cuadrado, de plomo, que sería aproximadamente como la mitad de una caja de zapatos».

«Los restos fueron exhumados y se consultó a varios expertos. Todos ellos coincidieron conmigo en que su antigüedad era bastante remota, y aunque no se disponía de elementos suficientes para determinarla, sin duda era anterior a la construcción misma de la iglesia. Dictaminaron, asimismo, la muerte atroz que habían sufrido aquellas pobres gentes, y alguien apuntó la posibilidad de que tal vez perteneciesen a una raza perseguida o fueran miembros de alguna secta secreta, tratando con ello de explicar los móviles de tan horrendo crimen. Pero lo más sorprendente de las investigaciones llevadas a cabo se centró en el cofre de plomo que con tanta tenacidad había sostenido uno de los cadáveres durante siglos. Tanta, que al intentar separarla de la momia, los miembros superiores de ésta se descoyuntaron con un fuerte chasquido».

«La caja era totalmente hermética. No había junturas, y en realidad se trataba de un cuadrado hecho, al parecer, de una sola pieza. Fue preciso fundirla parcialmente, con la ayuda de un soplete, para que revelara su contenido».

«Dentro se encontraba un objeto que nos deslumbró por su perfección y por su rareza. Se trataba de una bola de cristal, extraordinariamente pulida, cuyo diámetro era algo mayor que el de una caja de tabaco de pipa. En el centro mismo de la esfera se encontraba una diminuta pieza metálica, tal vez de oro, en forma de pirámide con la base cuadrada... Puedo asegurarle que se trataba de algo fascinante, en el más

idóneo sentido de la palabra, pues era tal la perfección de su factura que parecía capaz de recoger toda la luz ambiente y devolverla con renovado brillo. Pero era también inquietante, por cuanto que no existían referencias históricas para situar su procedencia en el tiempo ni en el espacio. Se trataba, en suma, de uno de esos raros objetos que los arqueólogos son incapaces de clasificar y que a veces aparecen en los museos con la vaga etiqueta de «objetos de culto. Pero las circunstancias de su descubrimiento le prestaban, además, un tinte sombrío... Pero todo ello, no era nada extraño que cuantos contemplamos esa esfera no pudiéramos evitar el nacimiento, en nuestra imaginación, de las más oscuras fantasías».

«Como le digo, la prensa tuvo sólo un conocimiento parcial de los hechos. Ni siquiera pudieron tomar fotos de la cripta, pues se pretextó que se encontraba en malas condiciones y había peligro de hundimiento. Se hizo una fosa común, a toda velocidad, para ocultar los cadáveres. Y la esfera fue objeto de concienzudas investigaciones que se realizaron en el más absoluto de los secretos. Sólo unas pocas personas tuvimos acceso al resultado de tales investigaciones. En un laboratorio especializado fue sometida al método del Carbono-14, y gracias a ello pudo determinársele una antigüedad pavorosa: entre quince y veinte mil años. Era, evidentemente, mucho más antigua que la época imprecisa del enterramiento. Pero cuál podía ser su procedencia, o a qué insólita cultura pudo pertenecer, son preguntas cuya respuesta no se pudo hallar jamás».

«Era una esfera hermosa y tenía la virtud de atraer todas las miradas. Eso, y el hecho de que la parroquia padeciera escasez de fondos a causa de las obras, movió al cura a incluirla, como una atracción más, en su pequeño museo de la sacristía, junto a casullas del siglo XVI, cálices del Renacimiento y otros objetos de interés. El mismo la mostraba, a veces, a turistas y feligreses, aunque limitándose a decir que había aparecido junto a las momias de la cripta. Pero entre los

visitantes del museo había seguramente alguien que no necesitaba este tipo de explicaciones, alguien que, sin lugar a dudas, sabía más sobre la esfera recién descubierta que todos nosotros. Porque una mañana, al ir a abrir el museo, la esfera había desaparecido. Y, al contrario de lo que suele ocurrir en otras acciones delictivas de esta naturaleza, el resto de los objetos, algunos de ellos sumamente valiosos, habían sido respetados».

—Naturalmente —interrumpí—, dieron aviso a la policía.

«Naturalmente. Pero al cabo de dos meses de pesquisas policiales no se obtuvo resultado alguno. Me planteé entonces una pregunta obvia: ¿Para qué quería el ladrón esa esfera? Porque estaba claro que no había actuado por afán de lucro, y que eran otros móviles los que le empujaban».

—Y usted decidió descubrir cuáles eran esos móviles.

«Sí, y como las investigaciones de la policía eran infructuosas, decidí recurrir a un método poco convencional y, desde luego, nada ortodoxo. Solicité los servicios del profesor Martín, un famoso hipnotizador del que usted seguramente ha oído hablar, y los de Salomé, su no menos famosa medium. Se sorprendería de lo eficaz que puede resultar a veces una ayuda semejante».

«El profesor Martín se mostró sumamente interesado cuando le conté el caso completo, incluyendo el dato de la asombrosa edad de la esfera. Tuve la satisfacción de escuchar de sus labios lo que yo mismo había intuido, pero no me había atrevido a pensar. 'Sospecho —me dijo—, que se trata de un caso de nigromancia, algo sumamente peligroso. Seguramente ha sido un alevín de brujo quien se ha apoderado de la esfera, y si esto es así, la cosa podría acarrear consecuencias fatales. Le aconsejo que tenga mucho cuidado, si es que piensa seguir con esto'. Le aseguré que tendría todo el cuidado del mundo, pero que si en manos extrañas la esfera podía resultar peli-

grosa, estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de rescatarla. El viejo profesor, que para mí ha sido siempre como un padre, me estuvo mirando un rato profundamente, sin duda para cerciorarse de la limpieza de mis intenciones, y como el resultado de su pesquisa le resultara satisfactorio, me ordenó que volviera la semana siguiente, para realizar la sesión con Salomé, provisto de un poco de tierra de la cripta, recogida lo más cerca posible del lugar donde había aparecido la esfera».

Al llegar a esta altura del relato ya habíamos consumido, casi sin darnos cuenta, dos botellas de rioja. Pero ni él ni yo estábamos borrachos. Ni siquiera ligeramente amodorrados. Como tampoco nos dimos cuenta de que la tarde había caído definitivamente, dejando paso a una tibia noche de verano, profusamente acompañada por el canto de las cigarras. Estábamos tan metidos en la historia que ni él ni yo echábamos en falta la luz.

«A la semana siguiente —continuó hablando mi anfitrión— acudí al gabinete del profesor Martín llevando un poco de tierra envuelta en un pañuelo. Para mí aquello constituía un auténtico trofeo, pues tuve que vencer no poca repugnancia para descender de nuevo a la cripta. Como es práctica usual en el profesor Martín, su medium desconocía totalmente el asunto. No me extenderé sobre las más que conocidas, y celebradas, dotes clarividentes de Salomé, pero quizá sea bueno que le diga que tiene unos ojos negros de extraordinaria belleza, unos ojos en los que, sin duda, el personaje de Borges hubiera descubierto ese Aleph donde se refleja todo el universo... Discúlpeme esta divagación literaria. Tal vez hayamos bebido demasiado».

Le confesé que estaba sumamente interesado en su relato, y que no me importaría consumir la noche entera escuchándole. Eso le animó a seguir hablando:

«El profesor sumió a Salomé en un estado de trance, y eso me privó de seguir contemplando sus hermosos ojos. Me compensó, en cambio, con sus

revelaciones extraordinarias. El profesor Martín abrió la mano derecha de la medium y echó en ella un poco de la tierra contenida en el pañuelo, cerrando el puño a continuación y explicándole que esa porción de tierra se encontraba al lado de una esfera cristalina, sobre cuya naturaleza queríamos indagar. Salomé sufrió un fuerte escalofrío y habló con una voz lejana, temblorosa: 'Veo muertos —dijo—, muchos muertos al lado de la esfera... La ha fabricado un hombre que lleva una túnica blanca hasta los pies... Este hombre es de otra raza. Tiene la piel rojiza como la arcilla. Es una esfera de poder. Almacena y refleja todo lo que sucede a su alrededor, todas las vibraciones que recibe... No debería cogerla ninguna mano de este tiempo... Puede hacer que las circunstancias almacenadas en su memoria se repitan, y ahora está llena de horror... Es mejor que vuelva a la tierra o sea destruida'».

«La tierra que apretaba en su puño derecho producía grandes molestias psíquicas a Salomé, según me hizo notar el profesor Martín. Y, en efecto, pese a estar sometida a un trance profundo, su palidez era creciente, y el temblor de su brazo amenazaba con extenderse por todo el cuerpo. El profesor me sugirió la conveniencia de acabar cuanto antes aquella sesión, pero yo le pedí que la prolongara un poco más, siquiera fuera para tener una idea del lugar donde entonces se encontraba la esfera. Accedió a mi ruego y le formuló la correspondiente pregunta. Salomé habló de una construcción semiderruida encima de un río pequeño, en las afueras de un pueblo blanco, e indicó la existencia de una cueva muy húmeda en el interior de dicha construcción, pero sus temblores llegaron a ser tan agudos que le impidieron seguir hablando, y el profesor Martín la sacó inmediatamente de su trance».

—En definitiva —intervine aprovechando su pausa—, no sacó demasiada información de la medium.

«No, pero al menos obtuve algunos indicios bas-

tante reveladores sobre la naturaleza de la esfera robada. Y eso me animó a seguir investigando, convencido como estaba, además, de que si lograba encontrar el objeto podría tal vez evitar una desgracia».

—Perdóneme que vuelva a interrumpirle —repuse con cierta impaciencia—, ¿pero logró encontrar la esfera?

Sin duda el vino desataba mi lengua y me hacía, tal vez, un tanto impertinente. Aquella pregunta estaba fuera de lugar, la había formulado demasiado pronto, y en esa pregunta precipitada estaba implícito un asomo de incredulidad. O eso es, al menos, lo que mi anfitrión debió entender, a juzgar por la torva mirada que me dirigió. Estuvo pensativo un rato, hasta que su rostro se volvió todavía más sombrío, y entonces contestó:

«Sí, logré encontrarla. Y puedo asegurarle que hubiera preferido mil veces no haberla encontrado nunca».

Las cigarras habían dejado de cantar y empecé a percibir la oscuridad como algo denso y aplastante. No olvidaré el sombrío gesto de mi interlocutor, apenas entrevisto a la difusa luz de las estrellas. Creo que la suma gravedad de aquel rostro hizo que los vapores alcohólicos se esfumaran de inmediato y mi cerebro entró en una fase de extrema lucidez, como la que se experimenta al intuirse un peligro inmediato. Porque —pensé—, ¿quién era en realidad aquel hombre? ¿Me había atraído a su viejo palacio únicamente para contarme una rara historia? De pronto me sentí indefenso y aceché el brillo de aquellos ojos extraviados por la bebida, tratando de descubrir en ellos sus más ocultas intenciones. La súbita confianza que me inspiró un individuo al que, al fin y al cabo, apenas conocía de unas horas antes, se trocó, también súbitamente, en un temeroso recelo. Era como si temiera que la tierra fuese a fallar de un momento a otro bajo mis pies.

Sin embargo, mis temores eran infundados. Me convencí de que la gravedad de su mirada no obede-

cía a la impertinencia de mi pregunta, sino a la evocación de sus tortuosos recuerdos. Volvió a llenar su vaso y lo vació de un trago antes de seguir hablando.

«Desde muy joven —prosiguió— me he sentido atraído por las ciencias ocultas. Eso me ha permitido conocer a personajes de lo más extravagante, pero también a individuos cuya ayuda me resultó muy valiosa en algunas circunstancias. El profesor Martín era uno de ellos. Pero había otra persona, un radiestesista, cuyo nombre no viene al caso, a quien le debo el hallazgo de la esfera. Era un hombre moreno, bajo, nervioso, muy delgado, cuya sensibilidad psíquica estaba tan exacerbada que parecía una auténtica caja de resonancia. Había tenido muy pocos fracasos como radiestesista, pero sólo unos pocos conocíamos esta actividad, ya que sentía verdadero pánico a que su nombre fuera excesivamente divulgado».

«Al igual que el profesor Martín, este hombre mostró un sumo interés por el caso. Percibí que se había sobresaltado, aunque trató de disimularlo, en cuanto le hablé de la esfera, y sospeché que al igual que el ladrón, sabía bastante más de aquel objeto que yo mismo. En cambio, cuando le transmití la información suministrada en estado de trance por Salomé, no pareció alterarse lo más mínimo, como si lo que yo le contaba lo conociera sobradamente. Se limitó a comentar que la esfera debía de ser un instrumento 'sumamente valioso', y que podía contar con su ayuda».

«Esa misma noche extendió sobre la mesa de su estudio un gran mapa de España. Yo le observaba a cierta distancia y vi cómo sacaba del bolsillo un pequeño péndulo de punta metálica y lo dejaba caer a la distancia de un palmo sobre el mapa. El péndulo comenzó a oscilar, primero en todas direcciones, y luego señalando una zona muy concreta del Sureste. Seguidamente extrajo un mapa de aquella zona, del mismo tamaño que el anterior, y lo colocó encima de éste. El péndulo señaló entonces (según aquel individuo, sin lugar a dudas) un apartado pueblecito de la

provincia de Murcia, situado en una zona montañosa y al que se llegaba, de acuerdo con las indicaciones del mapa, a través de una carretera de tercer orden, sinuosa y en mal estado».

«Le ahorraré los pormenores del viaje, que efectuamos a la mañana siguiente a bordo de mi pequeño utilitario. Era en pleno verano, como ahora, y el coche se calentaba bastante, así que tardamos más de lo previsto. Pero conseguimos llegar al pueblo poco antes de que el sol se ocultara. Como había dicho Salomé se trataba, en efecto, de un pueblo blanco, encalado hasta la saciedad como la mayoría de los cercanos pueblos granadinos. Salomé había hablado de una construcción sobre un río. Efectivamente, un riachuelo pasaba cerca del pueblo, pero no vimos construcción alguna y el sol iba apagándose poco a poco. Dejamos atrás el pueblo siguiendo el curso del río, paralelo a la carretera, y cuatro kilómetros más allá, metidas en un hondo valle, descubrimos las ruinas de un viejo molino de agua a cuyos costados se encontraban, también ruinosas, unas pequeñas edificaciones. Aparcamos el coche en la cuneta y bajamos la pronunciada pendiente. A nuestro alrededor reinaba la desolación y el abandono. Apenas cuatro olivos retorcidos, y tan ruinosos como el viejo molino, daban una mínima nota de color sobre el polvoriento y grisáceo entorno, cuyo tono ceniciento se acentuaba por la penumbra del atardecer. Con toda probabilidad, éramos los primeros que atravesábamos tan tristes parajes en mucho tiempo».

«Llegamos al pie del molino y comprobamos que parte de la techumbre se había desplomado. A través de un enorme boquete en la pared vimos algunos restos oxidados de la maquinaria y la gran piedra de moler partida en dos. Mi compañero sacó su péndulo, y éste se puso a oscilar rápidamente, casi con violencia.»

Al introducirnos por el boquete tuvimos que encender nuestras linternas. Entonces me di cuenta de que estábamos desarmados y tuve miedo. Me recri-

miné por no haber tomado una precaución tan elemental, pero mi compañero avanzaba entre las ruinas resueltamente, aunque procurando no hacer ruido. El silencio, sin embargo, era absoluto, a no ser por el reconfortante murmullo del río. Los únicos seres vivos que nos rodeaban parecían ser las ranas, los ratones y una culebra de agua que había asomado, desafiante, la cabeza entre los légamos de la orilla».

«Recorrimos las pequeñas construcciones adosadas al molino sin descubrir otra cosa que una desvencijada cama de hierro, restos de ropa deshilachada, papeles y platos rotos. Finalmente encontramos una trampilla de madera adosada al suelo que podía levantarse tirando de una argolla. Al hacerlo vimos los primeros peldaños de una escalera, pero emanaba un hedor tan insoportable que tuvimos que volver a cerrarla. Mi compañero sacó un pañuelo del bolsillo, levantó la tapa, y sin ocuparse para nada de mí encendió su linterna y comenzó a descender escaleras abajo. Yo no tuve más remedio que imitarle, pese a que el hedor de la putrefacción era tan fuerte que se me revolvieron las entrañas y tuveó que vomitar, apenas sobrepasados los primeros escalones. Pero el radiestesista se había olvidado completamente de mi presencia, y su naturaleza parecía totalmente insensible a la cercanía de la corrupción, puesto que le vi avanzar con paso rápido hasta el final de la escalera y luego su silueta se fundió con las sombras de aquella bodega abandonada».

«Una vez desalojada la carga de mi estómago me sentí aliviado y comprobé que mi organismo se adaptaba bastante mejor al húmedo hedor del subterráneo. Con la ayuda de la linterna bajé resueltamente los peldaños que quedaban. Llegué así a una pequeña sala de paredes rezumantes, y volví a ver la espalda de mi compañero, que se había detenido junto a una de ellas, contemplando algo que su propia silueta me impedía percibir. Estaba tan absorto que siguió mirando sin darse cuenta de que yo me encontraba a sus espaldas. Le dirigí un haz de luz con la linterna y en-

tonces se echó a un lado, permitiendo de esa manera que se iluminase también para mí lo que estaba contemplando. Al verlo lancé un grito y la linterna cayó de mi mano».

«Pero la suya seguía iluminando, imperturbable, aquel infame rincón. Pequeños gusanos blancos recorrían blandamente la brillante superficie de la esfera, que unos dedos informes, carcomidos, sujetaban junto al putrefacto agujero del vientre. Unas órbitas sin ojos, sustituidos por sendos gusanos oscuros, nos contemplaban desde un cráneo ladeado, sujeto apenas por un tronco erecto, apoyado en la pared, cuyas costillas rezumaban la insoportable purulencia de los pulmones. El cadáver parecía sonreír desde su agujereado rostro (pese a que la totalidad de los labios había sido devorada por multitud de vermes) y se mostraba en la misma postura, con las piernas cruzadas, que aquella momia en la que había aparecido la esfera. Pero qué diferencia, qué horrible diferencia...»

«Mi compañero, lejos de sorprenderse, se acercó al cadáver y trató de arrebatarle la esfera. Hacia ella iluminaba la linterna, sosteniéndola con la mano izquierda, mientras la derecha se acercaba, con un gesto que yo nunca me hubiera atrevido a realizar, hacia la masa deforme y sanguinolenta del vientre. Las horribles pústulas resaltaban nítidamente con los vívidos reflejos de la bola cristalina. Pero poco le importaba a aquella mano viva entrar en contacto con la descomposición con tal de apoderarse del objeto, cuya fascinación parecía enloquecer al radiestesista».

«Una vez con la esfera en su poder y sin mediar palabra, comenzó a subir las escaleras a una velocidad que denotaba claramente su agitación. Ni que decir tiene que yo subí al instante, a la misma velocidad y con la mente en blanco, incapaz todavía de asimilar lo que allí había visto. El curso de sus pensamientos debió de ser tan acelerado que nuevamente se olvidó de mí. Le seguí hasta la orilla, dejando atrás el maldito caserón, y vi cómo sumergía la esfera en el agua, limpiéndola con sus propias manos hasta que el cristal

recuperó nuevamente su magnífico brillo. La luna se asomó tras unas colinas y parecía observarnos atraída por las manipulaciones de mi compañero. Su palidez prestaba al cristal reflejos inusitados, y el radiostesista estaba tan radiante como si tuviera una estrella entre las manos. Recordé entonces todo el horror que había rodeado a la esfera y me resultó difícil comprender los motivos de su júbilo».

«Me acerqué sin decir palabra, esperando que fuera él quien rompiera el silencio. Tardó mucho en hacerlo, dedicado como estaba a acariciar una y otra vez la bola y a contemplarla con ojos extasiados. 'Es una joya increíble, dijo al fin, mientras me instaba a que la contemplase admirativamente, haciéndome ver la exquisita transparencia del cristal, la perfección absoluta de su forma, la delicada tibieza de aquella piel cristalina que me invitó a tocar. «No sé qué hacer ni qué pensar —le confesé— después de lo que he visto».

«Lo que ha visto —volvió a decirme— es una consecuencia de ciertos intentos mágicos mal realizados, porque sólo quien resiste a su fascinación puede dominarla; pero quien es capaz de dominarla consigue de éste mundo todo cuanto quiera... Ese pobre hombre que se está pudriendo ahí abajo consideró que era capaz de hacerlo, pero el poder contenido en esta esfera anuló su voluntad, y sólo pudo recojer el fracaso de quien lo había intentado anteriormente. Por eso murió en su misma postura».

«Me parecieron las palabras de un demente. Pero sin duda estaba en posesión de algunos conocimientos relacionados con la esfera, y traté de sonsacárselos. Le hice mil preguntas sobre su procedencia y su historia, pero no logré que contestara ninguna y sólo obtuve una sonrisa de desdén. Le expuse entonces francamente la conveniencia de hacerla desaparecer, y para mi sorpresa tuvo un inesperado ataque de cólera: 'Ahora es mía y nadie podrá quitérmela', gritó mientras se aferraba al objeto oprimiéndolo, como los dos cadáveres, sobre su bajo vientre. Deduje que

aquella postura tendría algo que ver con los hipotéticos beneficios que fuera capaz de suministrar».

«El radiestesista era un hombre relativamente enclenque, y hubiera podido arrebatarle violentamente la esfera sin demasiado esfuerzo, pero soy un hombre pacífico y decidí emplear otros métodos. Debo confesarle, además, que temía vérmelas con un loco».

«Con el propósito de que se calmara traté de convencerle de que no era mi intención arrebatarle el objeto. Quise hacerle ver, sin embargo, la conveniencia de marcharnos de allí cuanto antes. 'Márchese usted si quiere —me respondió—, yo regresaré por mis propios medios'. Semejante respuesta me convenció de que, evidentemente trastornado, mi compañero no se prestaba a razones y podía ser peligroso. «Allá usted si quiere quedarse —le dije—, pero yo me voy ahora mismo». Me marché, en efecto, pero no lo bastante lejos como para perderlo de vista, sino que me escondí tras unos matorrales, a un tiro de piedra, y desde allí me dispuse a espiar sus movimientos».

«Estoy convencido de que el radiestesista se olvidó de mí en cuanto me hube alejado unos cuantos pasos. Desde el escondite pude observar cómo se sentaba en el suelo, con las piernas cruzadas, mientras acariciaba la esfera sobre su regazo y salmodiaba unas palabras incomprensibles. No podía dar crédito a mis ojos, pero después de aquello la esfera comenzó a emitir una débil luz verdosa que poco a poco fue tomando una consistencia ectoplasmática. De su interior luminoso surgía una masa informe, una especie de nube verde que se situó delante del radiestesista y acabó envolviéndole completamente. Vi entonces cómo mi compañero trataba de levantarse del suelo sin conseguirlo. Comenzó a jadear y a gritar. Le oí gritar mi nombre desesperadamente, pero el terror me tenía paralizado y no fui capaz de acudir en su ayuda. La masa verdosa estaba tomando la forma de un ser abominable, dudosamente humano, cuyos tentáculos se aferraban con fuerza al cuello de aquel

desgraciado. Vi el copioso sudor de su rostro congestionado y el temblor que sacudía su cuerpo, escuché un largo estertor y presencié luego el momento en que cayó desplomado como un pelele. Entonces la masa verdosa desapareció como atraída por el interior de la esfera, y ésta cayó rodando de sus manos hasta hundirse en el légamo del río. Me acerqué temblando hasta donde se encontraba mi compañero y comprobé que había muerto. Luego me acerqué a la orilla del río, pero mi búsqueda resultó infructuosa. La esfera había desaparecido sin dejar rastro, y quiera Dios que nadie vuelva a encontrarla jamás».



PROXIMA APARICION



LA RATA

LOS MISTERIOS DE LA TIENDA

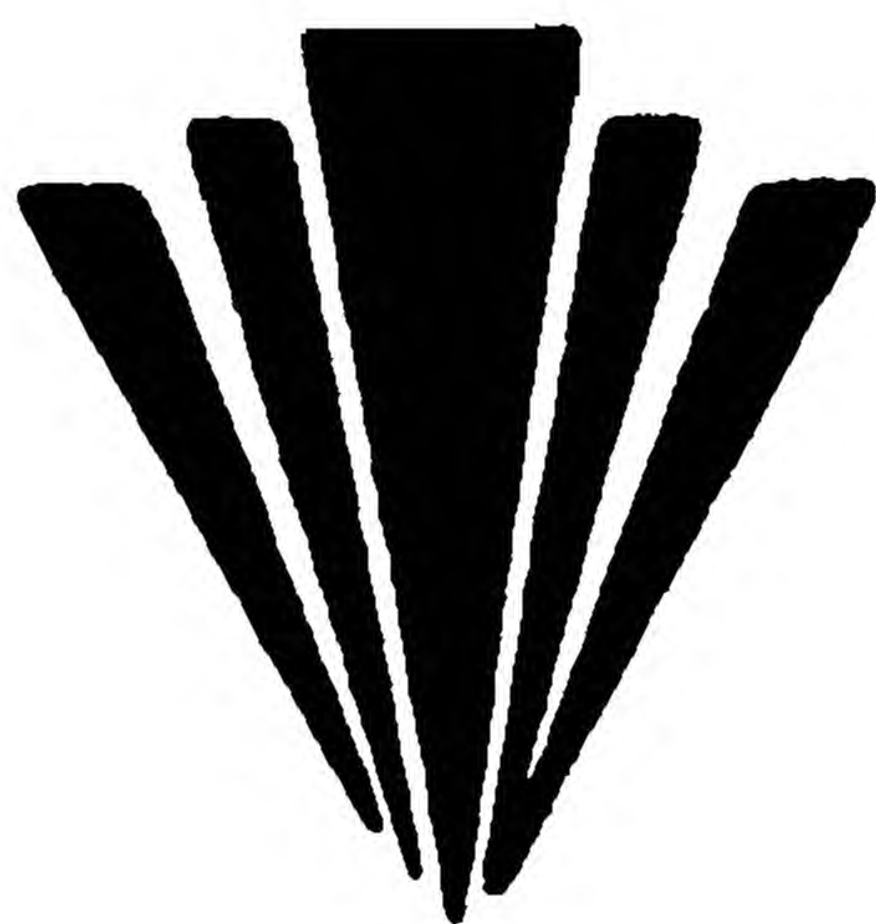
LA VECINA DEL PATIO INTERIOR

LA PLANTA VIVA

DESQUITE DE ENANOS

EL VAMPIRO DEL ABUELO

EL CONTACTO



RR

10

PASADIZO PARA LA MUERTE

EUCLIDES

EL MURO

PROFESIONAL AGRESIVO

LA HABITACION INTERIOR

EL BARRIL DE AMONTILLADO

LA MUERTE ES DULCE COMO LA MIEL

LA ESFERA DE PODER